

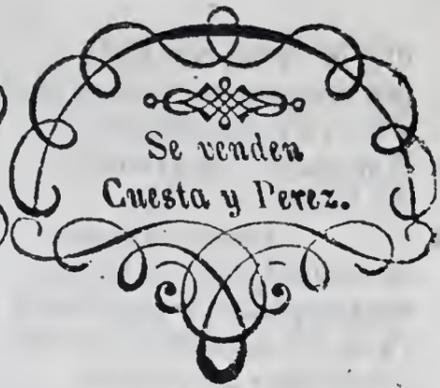


Es propiedad
de V. de Lalama.



BIBLIOTECA

DRAMATICA.



Se venden
Cuesta y Perez.

LA FALSA ILUSTRACION.

Comedia en cinco actos, original de D. Manuel Breton de los Herreros, representada por primera vez en Madrid en el teatro del Principe el dia 30 de Mayo de 1831.

PERSONAJES.

ACTORES

CAROLINA.	Doña C. Rodriguez.
DOÑA MAMERTA.	Doña C. Velasco.
ISABEL.	Doña G. Llorente.
PEDRA.	Doña J. Baus.
DR. FABRICIO.	Don C. Latrre.
DR. ROBUSTIANO.	Don J. Caprara.
DR. LUIS.	Don J. Tamayo.
LIBORIO.	Don A. de Guzman.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Madrid, en casa de don Robustiano. El teatro representa una sala bien amueblada con puerta en el foro y dos laterales.

ESCENA PRIMERA,

DON FABRICIO, LIBORIO.

LIB. Con que ¿vamos viento en popa, por lo visto?

FAB. Sí, Liborio.

La niña me quiere ya más que Angélica á Medoro. Doña Mamerta lo mismo que á las niñas de sus ojos. Vaya; están locas por mí.

LIB. Bien lo veo. Por el pronto ya le han hospedado á usted en el cuarto más hermoso de la casa.—¿Si supieran que buen pájaro es el novio!

FAB. En su simpleza se funda la dicha que me propongo. Hijo mio en todo tiempo, desde que rueda este globo, la costa del ignorante

domina y triunfa el ingenioso. De algún modo ha de vivir quien no tiene patrimonio si gusta de vegetar esclavo de un escritorio.

LIB. ¿Tiene usted mucha razon.

FAB. Pues; y yo, que no soy topo,

yo, que en la filosofía me precio de ser muy docto: se entiende; no la que enseña un hambriento pedagogo, sino aquella en que se aprende á burlarse de los tontos; de vanas preocupaciones la carga excuso á mis hombros; en el mar de los placeres menosprecio los escollos, y al norte de mis deseos tiendo la vela en el golfo.

LIB. No; pues la tal Carolina, si no me engaño, tampoco ha de ser muy preocupada.

FAB. ¡Oh! Ya sé yo dónde pongo mis lazos. No bien la vi observé en aquellos ojos cierto aire de independencia que no eché yo en saco roto.

LIB. Bien: logró usted su conquista...

FAB. Sí; pero aún no sabes cómo.— Fué en un baile: bien me acuerdo. Ya dispuesto á hacerla cocos, de su cuna y su caudal secretamente me informo. Es hija de un maestrante, me dijeron, poderoso, millonario; y no hay hermanos que puedan hacer estorbo.— Mas ¡qué diablura! Al decirme su nombre le reconozco por el héroe singular de cierto papel jocoso que escribí dos días antes.

LIB. Sí; y aquel librero romo lo compró.

FAB. Sólo de verle ahí en la Fontana de oro conocia yo al buen hombre.

LIB. El chasco no ha sido flojo. Si averigua... Porque al fin saldrá de un momento á otro el folleto, y...

FAB. No hay cuidado;

que lo firmé cauteloso
por anagrama; y no es fácil
á no volverse demonio...

LIB. Volvamos á la aventura
del baile.

FAB. Lleno de gozo
la saco á bailar; la adulo;
contemplándola me arrobo;
ya se me escapa un suspiro;
ora le digo un piropo;
ora admirando sus gracias
las figuras equivoco.
No me dejé en el tintero
ningun resorte amoroso.
Concluido el rigodon
á su lado me coloco.
Entró la niña en materia,
y habló... ¡vaya! por los codos,
con tanta filosofía,
con tal despejo, que absorto
la estaba oyendo; y ya sabes
que yo de nada me asombro.
Fácil me fué conocer
en dónde bebió aquel chorro
de máximas mal zurcidas
que ensartaba no sé cómo
entré sandeces de marca
y disparates de á fólio:
y me confesó en efecto
haber leído algunos tomos
de esa cómoda moral
que hoy se usa. ¡Yo que tal oigo!
Tomo la palabra entonces.
Por el bello sexo abogo
condenado á la ignorancia,
la opresion y el abandono.
La ilustracion aparente
de aquella aturdida elogio;
y á la santa independenciam
entusiasmado la exhorto.

LIB. ¡Para que perdiera usted
tan buena ocasion!

FAB. ¿Soy bobo?
A todo esto, mucho hablar
de probidad, y decoro,
y filantropía... En fin,
adopté como yo solo
el lenguaje seductor
y astuto con que nosotros
los veteranos solemos
fascinar á los bisoños.
Ella..., ya se ve; me oia
como allá en tiempos remotos
los nécios que consultaban
el oráculo de Apolo.
No volvió á bailar... ¿Qué digo?
Ni oia el ruido del bombo.
Ya era el alba, y todavía
duraba nuestro coloquio.
Dió fin la greca y el baile;
yo la acompaño afanoso;
me ofrecen la casa... En fin,
de tal suerte me compongo,
que en solo un mes de visitas
desbanco á un don Luis Osorio,
futuro de la muchacha,
que yo no sé á qué negocios
marchó á Flándes habrá un año.
Gano á la madre; me emboco

en su casa, y aunque hereda
la niña montones de oro,
y yo soy un perdulario
que vivo..., de lo que como,
aún creó que han de rogarine
que la admita en matrimonio.

LIB. ¡Cómo! ¿Y será usted capaz...

FAB. Sí; yo soy capaz de todo.

LIB. Bien lo sé; pero..., ¿y Paulita?
¿Ha caido en algun pozo?

FAB. ¡Paula! ¿Quién se acuerda de ella?

LIB. Al fin es usted su esposo,
segun me ha dicho; y sería
una maldad, una...

FAB. ¡Cómo!

¿Con escrúpulos me vienes?

¡Tú moralizas, Liborio!

¿De cuando acá...

LIB. Soy un tuno

sí, señor; yo lo conozco...

pero soy tuno venial.

Alguna vez me hago sordo

al grito de la conciencia;

lo confieso; sobre todo

desde que es usted mi amo:

mas, sin que sirva de enojo,

no valgo yo todavía

para crímenes heróicos.

FAB. ¡Pobre diablo! Tú prometes,

pero aún estás algo tosco.

No hay cuidado. Si me sirves

con lealtad hasta el otoño,

te acabaré de ilustrar.

LIB. Pero diga usted: ¿es moco

de pavo siendo marido

hilvanar otro bodorrio?

FAB. Escucha y no me prediques.

Me enamoraron los ojos

de Paula, huérfana pobre.

Doy en pretenderla; rondo

sus ventanas; la regalo;

la ofrezco el oro y el moro,

y ella, ¡firme en su virtud!

Los encantos de su rostro...

mi amor,... mi impaciencia.... En fin,

calaveradas de mozo!...

Me casé con ella.

LIB. ¡Bravo!

Y á los siete dias ú ocho

se embarca usted y la deja

plantada en la Habana. ¡Oh colmo

de ingratitud!

FAB. ¿Más sermon?

Hoy estás empalagoso.

Tres años há que escapé.

Tan distante, sin socorros,

sin parientes, ¿qué temor

me han de infundir sus sollozos?

¿Cómo me busca? Ni sabe

quién soy, ni mi nombre propio,

porque me casé con ella

bajo el falso de don Zoilo

Esparraguera y Vizmaga,

marqués de Sauce-redondo;

ni sabe si ha de encontrarme

en Madrid ó en Estokolmo.

Mas aún no se ha decretado

mi nueva boda. El bolonio

de mi suegro presuntivo

está de parte del otro pretendiente, y á dejarle no se atreve como un mono. Confio en que es indolente, hombre de ingenio muy rómo, curandero perdurable, sin saber ni por el forro lo que es medicina.—En esto no hay que hablarle, que es temoso; pero en lo demás un poste que no tiene voz ni voto. Yo espero que su mujer le seduzca. Si lo logro, habrá boda..., ó no la habrá; que soy práctico piloto, como sabes; y segun sopla el viento, así maniobro. Lo que urge es salir de trampas; echar librea y birlocho; darse buena vida... En fin, hacer de moneda acopio por lo que pueda tronar: y de esto yo te respondo.

LIB. Mejor sabe usted que yo cuándo ha de comerse el bollo. Siga usted siendo conmigo campechano y genèroso, y rueda la bola.

FAB. Tú, si quieres salir del lodo en que yaces, y algun dia llamarte mi mayordomo, sigue siempre mereciendo la confianza que en tí pongo. Oye, ve, calla, y ten flema.

LIB. No hay cuidado. Seré un tronco.

FAB. Vete ya; que si nos ven charlando como dos loros pueden sospechar...

LIB. Entiendo. (Mi amo es el mismo demonio.)

ESCENA II.

DON FABRICIO.

Este bribon me conviene;... y yo á él. Al cabo somos *despreocupados* los dos.— Los que vivimos de embrollos, como el pan necesitamos un confidente celoso y reservado.—Las diez.— Hagamos ahora el palomo derretido.—¡Hola! Aquí vienen la hija y la madre. Yo corro á su encuentro.

ESCENA III.

DON FABRICIO, CAROLINA, DOÑA MAMERTA.

FAB. (*Besa la mano á doña Mamerta.*) ¡Oh madre mia! ¡Oh bien que rendido adoro! (*A Carolina.*)

MAM. Muy buenos dias, Fabricio.

FAB. ¿Llegó el instante dichoso que mi corazon anhela?

¡Ah! ¡Cuál será mi alborozo cuando yo te llame mia, y el suspirado consorcio.

CAR. Esa es la dicha suprema

que sin cesar ambiciono; pero Dios me ha dado un padre tan preocupado, tan plomo...

MAM. Aún no ha dicho mi marido formalmente: yo me opongo á esa boda. ¡Oh! Ni seria capaz de tamaño arrojito, porque bien sabe que en casa quien manda soy yo. Con todo, se resiste á dar el sí.

FAB. Madre mia, ya supongo cuáles serán sus motivos.

A tener yo los tesoros que heredé de mis abuelos, él hubiera dicho: otorgo.—

Ya creo haberlo contado.

A los impulsos del noto la fragata en que venian se estrelló en el Cabo de Hornos,

y cuatro meses despues en un fatal terrènoto mis molinos y mis casas

seredujeron á escombros. Soy filósofo, señoras,

y en poca agua me ahogo. Lo siento, porque á perder la dulce mano me expongo de mi amada Carolina.

¡Qué no tuviera yo un sólio, y entonces...

CAR. A mí me basta un corazon generoso,

un hombre á quien pueda amar sin cubrirme de sonrojo,

libre de errores vetustos, y no encogido y gazmoño.

Tal eres tú, y aunque pobre con ser tu esposa me honro.

FAB. ¡Feliz yo que tal escucho!—

¡Oh! Si fuera codicioso... Tengo grandes relaciones,

y aunque parezca amor propio, no petendiera yo en balde un destino de alto bordo.

Ya estaria colocado....

MAM. ¿En Hacienda?

FAB. No. En Espolios y Vacantes.—Mas seria el tal empleo un desdoro para mí, que en la carrera diplomática blasono de méritos eminentes, y el mejor dia...

MAM. Mi esposo no es avaro, pero aún piensa como pensaban los godos.

Mucho antes de conocerte nosotras, don Luis Osorio dió en festejar á la chica.

Yo era entonces..., con bochorno lo confieso, preocupada:

la niña tierno pimpollo sin *ilustracion*, sin mundo.

Para abreviar, muy gustosos le dimos todos el sí.

Ya estaban los desposorios preparados. De improviso hereda bienes cuantiosos en Bruselas. Se lo escriben

LA FALSA ILUSTRACION.

y ligero como un corzo,
sabiendo que otros le quieren
disputar aquellos fondos,
parte y suspende la boda
con aprobacion de todos.
Ya hace un año que está allí
batallando con el foro.
En tanto llega la chica
al completo desarrollo
de sus facultades. Yo
tambien me instruyo y me formo.
Los libros, el trato... En fin,
ya pensamos de otro modo.
Mas mi marido, que es hombre
muy concienzudo y devoto,
me dijo ayer: «yo no quiero
echar sobre mí el oprobio
de faltar á mi palabra.
He escrito á Luis sin rebozo
que un rival le ha desbancado.
Si él consiente en el despojo,
yo tambien. ¿Qué más quereis?
Ceda el campo al victorioso,
y entonces sea mi yerno
don Fabricio: me conformo.»

FAB. Vea usted lo que yo digo:
falsas virtudes, erróneos
principios, preocupaciones.
No soy amigo del dolo;
pero al fin una palabra
¿á qué se reduce? A un soplo.
Por más que la hagan valer,
es antes el acomodo,
el bienestar de una hija.
Cuidado que no me abono
por esto, pero jurára
que el tal don Luis es un lobo
con piel de oveja; de aquellos
muy rendidos y afectuosos
cuando novios, y despues
impertinentes, estóicos,
tiranos de sus mujeres.

CAR. ¡Oh! El es fino y obsequioso;
debo hacerle esta justicia;
su mérito es muy notorio...
pero en doctrinas de antaño
tiene imbuido el meollo.

FAB. No habrá leído los libros
de ningun moderno apóstol;
lo juraria...

CAR. Sí tal;
pero los mira con odio.

FAB. ¡Oh pertinacia! ¡Oh miseria!
Ya ¿quién domaba á ese potro?
¿Qué se ha de esperar de un hombre
que cierra á la luz sus ojos?
El pedirle nada bueno
es pedir peras al olmo.

MAM. El seria en mi opinion
muy cominero...

FAB. Y muy zorro.

MAM. Poco amigo de visitas...

CAR. Maridazo pegajoso,
siempre cosido á los autos.

MAM. Sin dejarte ir á los toros
con una amiga, ni á bailes,
ni al teatro...

FAB. En fin, un monstruo.

CAR. Mil veces le oí decir

que era justo poner coto
á lo que él llama pasion
del lujo; y con mucho encomio
me hablaba de economía.

FAB. ¡Pues! te haria comer bódrio;
serian todas tus joyas
algun collar de abalorio;
no estrenarias vestido
sino en la fiesta del *Corpus*...
¡Qué horror! Vamos; en dos dias
te iba á echar ese hombre al hoyo.

MAM. A bien que él no ha de querer
comprometer su reposo,
y es regular que desista
de sus planes ilusorios
cuando sepa lo que pasa.
Para evitar alborotos
esperemos su respuesta
que debe llegar muy pronto;
y ceda ó no ceda Luis,
quiera ó no quiera mi esposo,
os casareis; yo lo juro,
ó nos han de oír los sordos.

CAR. Papá viene.

ESCENA IV.

CAROLINA, DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO.

FAB. ¡Oh, mi señor
don Robustiano! ¡Qué gordo?
Por usted no pasan dias.

ROB. Pues mire usted, hoy me noto
cierto peso en el abdomen...
Sin duda es humor bilioso
que obstruye los intestinos.
Tomaré despues un sorbo
de *Le Roy* para evitar
que dañe los hipocondrios
y se convierta mi achaque
en algun cólera-morbo
que me haga salir con solfa
por la puerta de los Pozos.

MAM. ¡Fuerte empeño de andar siempre
inventando enjuagatorios,
y pócimas, y...

ROB. Mujer,
tú no has de mandar en todo.
Sea yo dueño siquiera
de mi salud.

MAM. ¿No es un loco
el que estando bueno y sano
y con más vigor que un toro
de Jarama, con potingues,
se anticipa los responsos?

ROB. ¿Responsos? Pues ya veremos
si me prueba el plan que adopto
cuál muere antes de los dos.

MAM. Muy bien: cúrate á tí solo,
ya que has dado en la manía
de pasar el purgatorio
en vida; mas no te empeñes
en curar del mismo modo
á todo el mundo.

ROB. ¡Eso es!
No sé cómo me reporto.
¿Tambien has de censurar
que yo socorra piadoso
á la humanidad doliente?
¿Hago yo algun monopolio

con mis recetas?

MAM. Y ¿dónde, dónde has aprendido, ó cómo la medicina? ¿Qué libros, qué cátedras?...

ROB. Poco á poco. No soy ningun charlatan. Cuando me apuntaba el bozo cursé un año de farmacia; visito el Conservatorio de San Carlos con frecuencia; consulto en los equinoccios los doce signos celestes desde Tauro á Capricornio; y tengo un libro colmado de secretos portentosos con el cual el más doctor comparado á mí es un bolo.

FAB. Y al fin la práctica... Vamos; digo que es usted un emporio de ciencia. ¡Oh! Y tiene una fama por Madrid y sus contornos...

ROB. Tanto honor...

FAB. Dígame usted: hace unos dias que toso con frecuencia, y en las fáuces siento así, como un rescoldo... Me a flige tambien un callo, y por más que me lo corto..., ¡nada! me duele á rabiarse. Yo temo quedarme cojo. Se ha formado entre los dedos del pié izquierdo...

ROB. Ojo de pollo.— ¿Se lo quiere usted curar? Tengo un remedio asombroso.

FAB. ¿Sí? Diga usted, diga usted.

ROB. Se tiene un mes en remojo la raíz de escorzonera; se tuesta luego en el horno; se muele; se echan dos gotas de espíritu de vitriolo; y con esto, y cera virgen, y raeduras de corcho se hace un unguento anodino que consume poco á poco el callo hasta que lo arranca de cuajo.

FAB. ¡Si es un asombro lo que...

ROB. Conviene advertir que es inútil, y aún dañoso usarlo fuera de tiempo.

FAB. ¿Y qué tiempo será propio...

ROB. Es necesario esperar al plenilunio de Agosto.— En cuanto á la tos continúa y ese síntoma ardoroso de las fáuces, será bueno ver de dilatar los poros y sudar mucho.—Hace usted machacar un buen manajo de verdolagas; se cuecen con hojas de cinamomo, que pide usted de mi parte ahí en el jardin del cónsul; esta tisana se cuele; se le echan luego unos polvos, que daré á usted, y unas gotas

de jarabe de meconio; la toma usted en ayunas; se aplica un vejigatorio á la nuca, y en tres dias envía esa tos al rollo.

FAB. Lo haré; pierda usted cuidado. ¡Si digo que es un aborto este hombre! Cuando lo sepa mi amigo *Pozzo di Borgo* se va á pasmar.

MAM. ¡Eh? Ya basta, que me canso y me incomodo de oírte disparatar.— ¿Te ha escrito don Luis Osorio?

ROB. A decíroslo venia.

CAR. Sin duda algun protocolo de injurias, quejas, clamores... ¡Pobrecillo! Le perdono con tal que me deje en paz.

ROB. No. Don Luis escribe corto. «Resignado estoy, me dice. La fe jurada no invoco de Carolina. ¡Dios quiera bendecir su matrimonio! Pero su extraña conducta cuanto más la reflexiono la juzgo más increíble. Bien veo que la provoqué á menospreciarme más; pero apelo al testimonio de la evidencia. Yo quiero que franca y sin circunloquios me diga por qué motivo cambia mi boda en divorcio; y pocas horas despues de esta carta me propongo estar en Madrid.»

CAR. ¡Qué escucho!

ROB. Ahora medítad vosotros lo que habeis de responderle, y evitadme á mi un bochorno. Yo voy á echarme al colete mientras tanto un grano de opio disuelto en un cortadillo de *Le Roy*, y luego me pongo la cataplasma. Vereis, vereis cómo me reinozo.

ESCENA V.

DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO, CAROLINA.

CAR. ¿Y que le digo yo á ese hombre?

MAM. ¡Cuidado si es perentorio el señorito! ¡Corre expuesto á romperse el lomo más de cuatrocientas leguas sin más fin que hacer el oso y averiguar que su novia se quiere casar con otro!

CAR. ¡Se luce don Luis! Él viene á hacer un papel airoso.

FAB. Deja; le daremos dulces, y así no lo pierde todo.

MAM. Pues que no venga con fueros; que yo no me las ahorro con nadie, y si me alza el gallo, con mis uñas le destrozo.

CAR. Y yo le haré mil desprecios.

FAB. ¡Bravo! Y yo á mi cargo tomo

desafiarle si es preciso,
y verás cómo le postro
á mis piés.

CAR. No aceptará,
porque son muy temerosos
esos hombres preocupados,
y en un lance tienen todos
mucho respeto á las leyes
y poca afición al plomo.

MAM. No hablemos más de ese necio.—
Hoy hace un día asombroso.
¿Vámonos á Vista-alegre
á almorzar?

FAB. Sí; y con Oporto
darémos la bienvenida
á mi rival.

MAM. Vamos pronto
al tocador. Hasta luego.

CAR. Tú entre tanto dí á Bartoló
que ponga la carretela.

FAB. Quizás á nuestro retorno
ya estará aquí el desdichado.

CAR. Se va á quedar como un copo
de nieve cuando nos vea
don Luis.

FAB. Sí; el viajero tonto.

MAM. Eso, eso. ¡Bravo! Le viene
de perillas el apodo.

ESCENA VI.

D. FABRICIO.

Pues no las tengo yo todas
conmigo; y aunque mi rostro
lo desmienta, la venida
de don Luis me inquieta un poco.—
Mas ¿qué temo? A estas mujeres
las he entrado por el ojo
derecho; yo no soy hombre
que fácilmente me atollo.—
Apresuremos el lance,
porque un partido tan mómio
no es de perder, y escudado
con don Luis el vejestorio
pudiera... ¿Qué es de mi fama
si la empresa no coronó?
Ea pues; ¡filosofía,
valor! y á Roma por todo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROBUSTIANO, ISABEL.

ISA. Ya no debe de tardar
don Luis.

ROB. Al pobre le espera
mala acogida.

ISA. ¿Por qué?
Pues, ¿acaso usted no piensa
como siempre?

ROB. Sí, querida;
y como en mí consistiera
no casaría con otro
Carolina. Mi promesa...

ISA. ¿Quién le impide á usted cumplirla?

ROB. ¿Quién me lo impide? ¡Esa es buena!
La antipatía invencible
que le ha cobrado en su ausencia

Carolina. ¿Quieres tu
que la haga casar por fuerza
con un hombre que aborrece?

ISA. Ni me pasa por la idea
semejante tiranía;
mas sin usar de violencia
quizá con buenos consejos
y un poco más de entereza
lograria usted quitar
de sus ojos esa venda
que la ofusca, y sin remedio
á su perdición la lleva.

ROB. ¿Qué he de hacer? De don Fabricio
está enamorada, ciega;
y él es un hombre de pró,
admitido en las primeras
sociedades...

ISA. Él lo dice.

ROB. Miembro de diez academias,
y ¿qué sé yo cuántas cosas?

ISA. Sin un ochavo de renta;
paseante en córte.

ROB. La chica
es mi única heredera,
y gracias á Dios yo tengo
bien provista la gabeta.

ISA. Bien; pero ¿quién le conoce?
¿Quién es ese hombre?

ROB. Mamerta,
que es muy ladina, y se alaba
de que nadie se la pega,
y ha leído en solo un año
más que un letrado en cuarenta;
Mamerta, que le conoce,
le ensalza y le recomienda.

ISA. ¿Y no han podido á mi tia
engañar las apariencias?

ROB. ¡Oh! Una madre no se engaña
tan fácilmente; y más ella
que corta un pelo en el aire.

ISA. ¡Ay! La ternura materna
también tiene sus delirios
como el amor, y es funesta
á los hijos muchas veces
si la razón no la templá.

ROB. Pero quisiera saber
en qué fundas esa tema
contra don Fabricio.

ISA. Y yo
también indagar quisiera
por qué les inspira á ustedes
tal confianza.

ROB. ¡Eh! No me vengas
á reformar; que ya es tarde
para aprender otra escuela.
Nunca me ha gustado, nunca,
meterme en vidas ajenas.

ISA. Esa es acción reprehensible
cuando por vicio se empieza
para murmurar después;
pero bien puede sin mengua
un buen padre averiguar
en cuáles manos entrega
á su hija.

ROB. Pero ¡si sabes
que yo en esas bagatelas
nunca me mezclo! Mi esposa
es quien todo lo gobierna.
Desde que somos consortes,

que ya va larga la fecha,
vivimos en una paz
que al vecindario embelesa,
y eso que Mamerta tiene
muy mal genio. Es altanera,
caprichosa... Pero yo
me he propuesto por sistema
el decir á todo amén
cuando se irrita y vocea.

Con esto, y mi perro de aguas,
mi medicina casera,
mi cigarrito, mi Biblia,
mi tresillo, mi escopeta,
engordo y soy el mortal
más dichoso de la tierra.

ISA. ¡ Ah tío! Tanta blandura...

ROB. Bien haya la Providencia
que me la dió; que á tener
la condicion de Mamerta,
¡ buen Dios! seria mi casa
un infierno.

ISA. No quisiera
que usted se enojase, tío,
pero me precio de ingénuo,
y he de decir lo que siento.
Esta es, señor, una deuda
de mi gratitud. No olvido
que en la horfandad y miseria
usted me amparó piadoso.

OB. Vamos al caso, y no vuelvas
á poner en boca...

A. Usted
tiene en verdad muchas prendas
que le hacen recomendable:
probidad, honor, prudencia
desinterés;... pero todas
con una sola flaqueza
se destruyen. Dedicado
á estudiar drogas y yerbas
ignora usted de los hombres
los vicios y las cautelas;
y este es el libro más útil
porque á vivir nos enseña.
Dirá usted en su interior:
una muchacha inexperta
¿ quién es para aconsejar
á quién cumplió los sesenta?
Mas cualquiera que consulta
la razon y la conciencia,
puede dar un buen consejo,
aunque el lauro no pretenda
de filósofo á la moda
y erudito á la violeta.

B. Bien. Todo eso se reduce...
Se reduce á que usted sepa
recobrar su autoridad;
á que hoy mismo se resuelva
á condenar á las llamas
esos libros de moderna
metafísica infernal,
que con frases halagüeñas
pervierten los corazones
y trastornan las cabezas.

B. ¿ Qué sabes tú si son malos
esos libros, bachillera?
Aunque nunca los leí
me atengo á las consecuencias.
Veo que jamás han sido
las costumbres tan perversas,

y nunca se ha escrito más
de virtud, beneficencia,
tolerancia... Veo en fin
que con la fatal leyenda
de esos libros, esta casa
parece ya una Ginebra;
sobre todo, desde el día
que entró don Fabricio en ella.

ROB. ¿ Y tú presumes?...

ISA. ¡ Ah! ¡ Nunca
se hubiera abierto esa puerta
para él! Menos estragos
hubiera hecho una epidemia.

ROB. Pero, mujer...

ISA. ¿ Con qué cara
le dirá usted cuando venga
don Luis: «estoy resuelto
á no cumplir mis ofertas.
Un caballero de industria
á mi pesar se apodera
de mi hija y de mis bienes.
Yo...»

ROB. Basta, que me mareas.—
¿ Qué he de hacer? Yo bien conozco
que es una mala vergüenza
el dejarme gobernar
por mi dulce compañera.
Bien veo que Carolina
se me va haciendo resuelta
y parlanchina cuando antes
era ejemplo de modestia.
Bien veo que don Fabricio
con tanta prosopopeya
vale menos que don Luis;
pero... ¿ qué quieres! la idea
de afligir á la muchacha;...
los consejos de Mamerta;...
el qué dirán;... mi carácter
enemigo de pependencias...—
Vamos; allá se compongan,
y sea lo que Dios quiera.

ISA. Pero, tío...

ROB. ¿ Te has propuesto
apurarme la paciencia?

ISA. Yo no, señor; mas don Luis...

ROB. A fe que si tú te prendas
mañana de un mozalbete,
no te gustará que quieran
contrariar tu inclinacion.—
Pero tú tienes ojeras.
y ese semblante... ¿ Estás mala?

ISA. No, señor.

ROB. Eso me vuela.

¿ A qué es negarlo? Conmigo
es inútil tu reserva.

ISA. Pero ¡ si nada me duele!

ROB. Pues yo sé que no estás buena.—
Dame el pulso.

ISA. Vaya el pulso.
(Se empeña en que estoy enferma
y se saldrá con la suya.)

ROB. Hay destemplanza.—La lengua.

ISA. ¡ Jesus, tío! (Saca la lengua.)

ROB. Bien; ya basta.
Tú sientes inapetencia;
¿ eh?

ISA. No por cierto.

ROB. Pues bien;
estás amagada de ella.

Cierto dolor en la frente,
así á modo de jaqueca...

ISA. Lo que es jaqueca...

ROB. ¿No digo?

Y harto será que no tengas
vahídos de cuando en cuando. —
Tu estómago no está en regla.

Es preciso que te purgues.

ISA. ¡Si no me siento indispuesta
ni he menester... (¡Qué porfial!)

ROB. ¡Eso es! Todo lo desprecia
la insensata juventud.
Así los males progresan;
así...

ISA. Bien; me purgaré.
pero don Luis...

ROB. No me bebas
esas tisanas laxantes
que tanto nos recomiendan,
ni agua de Vacía-Madrid,
crémor, ni sal de la higuera...
Nada de eso. Unas tomitas
de la insigne panacea
que en vano tantos doctores
calumnian y menosprecian.
¡Oh *Le Roy*, inmortal *Le Roy*,
más digno de fama eterna
que Calígula y Pizarro,
y Tarquino, y Julio César,
y Jerges, y...

ISA. Sí, señor.

(¿Se ha visto mayor simpleza?)

ROB. Del segundo grado: ¿entiendes?
Tomas un caldo, te acuestas;
y si sientes calosfrios,
se te darán unas friegas.

ESCENA II.

ISABEL, DON ROBUSTIANO, LIBORIO.

LIB. El señor don Luis de Osorio...

ROB. ¡Cómo! ¿Ya...

LIB. Pide licencia...

ROB. ¿Cuándo la ha necesitado
en mi casa? Corre, vuela;
que entre...

LIB. Ya está aquí.

ESCENA III.

DON ROBUSTIANO, ISABEL, DON LUIS.

ROB. ¡Oh, don Luis!

LUIS. ¡Don Robustiano!

ROB. Ea, venga
un abrazo.

LUIS. Isabelita,
tengo el honor...

ISA. Usted sea
muy bien venido.

ROB. ¿Qué tal
lo ha pasado usted en Bruselas?

LUIS. Así, así.

ROB. ¿Y el pleito?

LUIS. Al fin
se consiguió providencia
favorable.

ROB. ¡Hola! Me alegro.

Doy á usted la enhorabuena.

LUIS. Las señoras...

ROB. Han salido.

¿Qué hace usted que no se sienta?

LUIS. Estoy bien...

ROB. Entre nosotros
jamás ha habido etiquetas.

(*Le ofrece una silla y se sientan los tres.*)
Vaya.

LUIS. Mil gracias.

ROB. Yoextreño
que no use usted de franqueza
conmigo.

LUIS. ¿Qué quiere usted!

Aquella amistad estrecha
que otro tiempo nos unia
se ha entibiado con la ausencia
como suele suceder;

y es muy justo que yo tema...

ROB. ¿Qué es temer? Yo siempre soy
el mismo, y á consecuencia
con mis amigos, ninguno
puede ganarme en la tierra.

LUIS. Yo no dudaba...

ROB. Mi casa,
mis medicinas, mis rentas
son siempre de usted, amigo.

LUIS. Yo estimo...

ROB. Cuando usted quiera,
sin ninguna ceremonia.
entre, salga, coma, beba,
mande...

ISA. ¿Con qué bizarría
prodiga usted las promesas!

Bien se ve que no está en casa
mi tia doña Mamerta.

ROB. ¿Quieres callar tú? ¿Se ha visto
sobrina más picotera?

LUIS. La última carta de usted
bien claramente me prueba
que debe de ser á ustedes
poco grata mi presencia.
Sé que en vano alimentaba
la esperanza lisonjera
de un enlace en que mi dicha
se cifraba, y que la bella
Carolina me abandona
por otro.

ROB. Yo...

LUIS. No se crea
que he venido á perturbar
su ventura con mis quejas;
pero quiero que ella misma
la libertad me devuelva
que me robó; de su boca
quiero saber mi sentencia;
y que su rostro se cubra
de rubor cuando me vea.
Quiero de pérfida, ingrata
y alevosa convencerla;
quiero en fin... ¡Ah! Yo no sé
lo que quiero.

ROB. Estas mozuelas
son tan caprichosas... Yo
nunca creí que pusiera
los ojos en otro, pero
ya se ve; con sus ideas
estrambóticas... Y en parte
la culpa no es toda de ella.
Si usted no se hubiera ido...
Hacienda, tu amo te vea,

ESCENA VII.

D. FABRICIO, LIBORIO.

LIB. Malas nuevas. Don Remigio Ribero, aquel mercader á quien con nombre fingido pilló usted doscientos duros en Cuenca...

FAB. Bien; ¿qué hay?

LIB. Le he visto, y por más señas entrando en la casa de un ministro de justicia.

FAB. (¡Hola!) (*Afectando serenidad.*) No importa.

LIB. Pero es que me ha conocido; y si los piés no me salvan...

FAB. Sin pruebas y sin testigos ¿qué ha de hacer?

LIB. Señor, es lince la justicia y halla indicios y pruebas en donde menos se imagina.

AB. ¡Qué prolijo misionero! ¿Hay cartas?

LIB. Una. (De su frescura me admiro.) Tome usted.

AB. Es de la Habana. ¡Gracias á Dios que he tenido respuesta! (*La lee para sí.*)

LIB. (¡Será Paulita... ¡Malo que tuerce el hocico!) ¿Qué novedad... (Para sustos no gano desde que sirvo á este filósofo.)

AB. Vamos; fuerza es tomar un partido.

LIB. ¿Qué hay de nuevo?

AB. Aquí me dice cierto camarada antiguo, á quien pedí se informase de Paulita con sigilo, que resuelta á perseguirme tomó flete en un navío mercante con direccion á España, y que su designio era fijarse en Madrid; mas ya hará un año que vino si no la tragó la mar; y es muy remoto el peligro en caso de haber alguno.— Con todo, yo determino largarme de aquí muy pronto. ¿Quieres seguirme?

B. Hasta el Limbo.

B. Pues esta noche robamos á Carolina, y partimos.

B. ¿Está usted dado al demonio? Intentar un rapto...

B. ¡Chito, no nos oigan!—Lo primero es hacer ahora añicos los papeles que me puedan comprometer.—No habrá ruido ni violencia. Haré á la niña cómplice de mi delito, y... ¿Tiemblas, bribon?

Sí tiemblo;

mas no es de miedo; es de frio.

FAB. Ven; preparemos la fuga.

LIB. ¿Quién nos guiará?

FAB. Un bolsillo.

LIB. Como vaya bien repleto, usted se abrirá camino. ¿Y dónde vamos?

FAB. A Lóndres.

LIB. Y si acaso en el garlito nos cogen, ¿á dónde irémos entonces?

FAB. A punto fijo no lo sé; pero es probable que vayamos á presidio.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

(*Aparece con un libro en la mano y se sienta.*)
 ¡Qué bribon tan redomado y qué fantasma tan necio! Con el bocado en la boca vengo de la mesa huyendo por no oírle, y por no ver el ascendiente funesto que ejerce sobre mi tia y mi prima. Mucho temo vuelvan á triunfar del tío: aunque no es de mal agüero haberse ido echando pestes, cosa muy rara en su genio, á comer fuera de casa.— Este don Luis... Ya le espero con impaciencia. Si ahora sabe tomar mi consejo... ¿Quién sale? El falso profeta. Vuélvole la espalda y leo.

ESCENA II.

ISABEL, DON FABRICIO.

FAB. ¿Cómo así tan retirada, Isabelita?

ISA. No tengo ganas de conversacion.

FAB. (*Tomando el libro.*) Permítame usted. ¿Qué veo! *El Hombre feliz.*—¡Prosáico libro, insulso! El reverendo padre Almeida era un pobre hombre. No carecia de ingenio, pero... no estaba al nivel de ciertos conocimientos... Era, en fin, preocupado. No es tan ardua en este tiempo la virtud como él la pinta ni tan áspero el sendero que á la suprema ventura nos guia.—No lea usted eso. (*Devuelve el libro á Isabel.*) Yo le proporcionaré otros libros más amenos, y usted me dará las gracias luego que se empape en ellos.

ISA. Ni yo los he menester, señor mio, ni le han hecho mi preceptor.

FAB. Es verdad;

pero mis buenos deseos
de ilustrar á usted...

ISA. Yo sé bastante para mi sexo.

FAB. Tal como quiere que sea la tiranía del nuestro, sin duda. Si embelesar al hombre es el sólo objeto que una mujer...

ISA. ¡Me está usted requebrando!

FAB. ¿Y qué hay en esto de malo?

ISA. Nada; que yo no gusto de los requiebros de usted.

FAB. ¡Oh! Son inocentes. No crea usted que yo pienso ser infiel á Carolina. ¡Ni por asomo!—Volviendo á nuestra conversacion, usted, que tiene talento privilegiado, debiera sacudir el duro freno de prácticas rutinarias. No faltan buenos modelos que en un mes reformarian su corazon.—Yo me ofrezco á ser su bibliotecario de usted y hacerla el portento del siglo.—¡Pobres doncellas! Las tienen muertas de miedo. (*Vase Isabel.*) No las dejan leer nada; todo es hablarles de infierno...

ESCENA III.

D. FABRICIO.

¡Calla! Se ha ido y me deja dando lecciones al viento.—
¡Tan rebelde es como linda!—
¡Eh! Que le haga buen provecho su ruda virtud. A bien que á Carolina ya he puesto como una malva. No falta más que pillarla en secreto media hora, y fácilmente á la fuga la resuelvo. —
Los momentos son preciosos. Si con mi mujer me encuentro, que no seria difícil, voy á verme en grande aprieto. La carta que he recibido me hace temer...

ESCENA IV.

DON LUIS, DON FABRICIO.

LUIS. ¿Caballero?
Una palabra. ¿Es usted...
perdone si le detengo,
don Fabricio de Requena?

FAB. Servidor de usted.

LUIS. Me alegro.
Tenemos que hablar los dos.

FAB. No hay inconveniente. (Apuesto á que es mi rival este hombre, que su lenguaje y su aspecto son de novio desahuciado.)

LUIS. ¿Me conoce usted?

FAB. No creo haber tenido el honor...
la ventura... (¡Vaya un gesto!)

LUIS. Pues yo soy don Luis de Osorio.

FAB. Muy señor mio y mi dueño.

LUIS. Prometido esposo...

FAB. Sí;
ya sé... Tome usted asiento.
Sírvase usted... (*Le ofrece una silla.*)

LUIS. Muchas gracias.
De pié nos entenderemos.

FAB. ¡Ah! Llamaré á las señoras...

LUIS. No hay para qué; pues yo vengo á hablar con usted., y á solas.

FAB. (¡Esto va malo!)

LUIS. Al efecto sígame usted. Cerca está la puerta de Recoletos.

FAB. ¿Y á qué fin...

LUIS. Usted me entiende.

FAB. (Este hombre viene resuelto á matarme.) Usted perdone. Humanamente no puedo por hoy...

LUIS. (*Con tono amenazador.*) Es usted un fátuo.

FAB. ¿Se burla usted?

LUIS. No por cierto.
¡Para burlas estoy yo!
Lo repito y lo sostengo:
es usted un fátuo.

FAB. Ya...
lo que es fátuo... Sí; algo hay de eso.

LUIS. Un charlatan insufrible.

FAB. Siempre tuve ese defecto.

LUIS. Un enredador.

FAB. El mundo siempre ha sido un puro enredo.

LUIS. Un petardista.

FAB. Así dicen.

LUIS. Un farsante.

FAB. No lo niego.

LUIS. (No habrá medio de reñir con este apunte.) Un hambriento.

FAB. Ya...

LUIS. Un seductor, un bribon,
un canalla...

FAB. ¡Qué chancero es usted! Y se le ocurren tales cosas... Vaya; un genio festivo como el de usted no se paga con dinero.

LUIS. Aquí no hay chanzas que valgan; y si acaso mis dieterios le ofenden á usted, soy hombre que sé sostener...

FAB. ¡Un duelo!
No, amigo mio, que yo de filósofo me precio,
y más que á la negra honrilla tengo amor á mi pellejo.
¡Qué preocupacion! Matarse, cuando las leyes del reino lo prohiben, por niñadas...

LUIS. Tampoco tengo yo empeño en matarme con usted si se presta á mis deseos.

FAB. ¿En qué puedo yo servir al señor de Osorio?

LUIS. Hablemos con franqueza. Yo deliro por Carolina. Hubo un tiempo, cuando libros inmorales y seductores perversos como usted...

FAB. (Con risa forzada.) ¡Eh!...

LUIS. No la habian descuadrado los sesos, hubo un tiempo venturoso en que premiaba mi afecto.

FAB. Pero ahora, usted lo sabe: está que bebe los vientos por mí.

LUIS. Encaprichada, sí; pero enamorada, niego.

FAB. Llámelo usted H. Amor y capricho en mi concepto son sinónimos.

LUIS. No importa. Sofisterías dejemos. Usted sobra en esta casa.

FAB. Yo sobro... sí; lo confieso... para usted, porque le estorbo.

LUIS. Sí, señor.

FAB. Pero si debo hablar con ingenuidad...

LUIS. Hable usted.

FAB. Siendo muy cierto que yo soy el preferido, el que sobra aquí en efecto es usted.

LUIS. (Airado.) ¡Cómo!

FAB. Es decir...

LUIS. Señor Requena, acabemos. se llama usted preferido por la niña; santo y bueno; cuenta usted con el apoyo de sus padres...

FAB. (Mi destierro ignora. Si lo supiera...)

LUIS. Todo eso me importa un bledo; pero aún con tantas ventajas hace usted mal, se lo advierto, en aspirar á la mano de Carolina.

FAB. Sí; pero... Como...

LUIS. Usted no la merece.

FAB. Ya sé yo que no merezco...

LUIS. No será usted su marido.

FAB. ¿Por qué?...

LUIS. Porque yo no quiero que lo sea usted.

FAB. No es fácil replicar á ese argumento.

LUIS. Con que, amigo, si es verdad que tiene usted tanto apego á su individuo, abandone el campo; se lo aconsejo.

FAB. (¡Esto de haberme pillado entre puertas... Si me esfuerzo á replicarle, hay camorra; si pido socorro, pierdo mi prestigio.—Obrar conviene con prudencia. Conjuremos el nublado, que despues...)

LUIS. Vamos; resuelva usted presto.

FAB. Amigo, usted no se admire

de verme un poco perplejo, porque es grande el sacrificio. ¡Allí es nada! ¡Cien mil pesos de dote!—Eh! Por otra parte..., usted tiene más derecho que yo...; y la filantropía...; los principios que profeso... Si hemos de hablar con franqueza, no estoy lo que llaman ciego por ella. Yo soy sensible; naturalmente modesto;... despreocupado;... capaz de rodar por esos suelos en obsequio de un amigo; y más siendo tan atento como don Luis, tan... La novia es de usted: yo se la cedo.

LUIS. Estoy muy agradecido á ese favor; pero tengo otro que pedir á usted.

FAB. ¿Cuál?

LUIS. Que busque alojamiento en otra parte, y no vuelva á esta casa.

FAB. Lo prometo. mañana me mudaré.— Ahora pudiera hacerlo; mas tan bruscamente... Nunca debe el hombre ser grosero. Me despediré esta noche. Inventaré algun pretexto...

LUIS. Bien está; pero mañana antes de las diez...

FAB. Almuerzo y me largo. ¡Si yo soy más interesado en ello que usted mismo! ¿Qué papel quiere usted que haga yo...

LUIS. Bueno. No hay que hablar. Si usted no cumple su palabra... ¡nos veremos!

ESCENA V.

DON FABRICIO.

Al fin se fué. La camisa ya no me llegaba al cuerpo. Yo soy muy despreocupado para que me infundan miedo los vampiros, las fantasmas, los espíritus folletos, y todas esas consejas con que entretienen el sueño de los niños; pero un hombre á quien irritan los celos no es duende que se conjura con hisopo y *vade retro*.— Pues, señor, ahora sí que urge, verificar mi proyecto. Si la muchacha conmigo toma las de Villadiego, hacemos causa comun, y ya es preciso que el viejo á fuerza de oro me saque de tantos atolladeros, por cubrir el expediente.— A Carolina busquemos volando, y... Mas siento pasos. Ella es.—Aquí de mi ingenio,

ESCENA VI.

DON FABRICIO, CAROLINA.

FAB. ¡Dulce bien mio!

CAR. ¡Fabricio!

¡Solo aquí!

FAB. En este momento
te iba á buscar. Tu mamá
¿dónde ha ido?

CAR. Está durmiendo.

FAB. Bien. ¿Y tu gótica prima?

CAR. Encerrada en su aposento.

FAB. ¡Ay, Carolina!

CAR. ¿Qué tienes?

¿Por qué suspiras?

FAB. ¿Qué adverso
es mi destino!CAR. Tú me haces
temblar. Habla. ¿Qué funesto
accidente...FAB. ¿En qué ocasion
le ha ocurrido al estafermo
de tu padre reprobar
nuestro ansiado casamiento!

CAR. Pero ¿por qué?

FAB. De tu madre
han sido vanos los ruegos;
y no osará repetirlos
á pesar del mucho afecto
que me tiene.CAR. Sí; despues
del terrible contratiempo
de esta mañana, ha caido
en tan triste abatimiento...
Pero yo espero que pronto
recobre su antiguo imperio
sobre mi padre; y entonces...FAB. Si á esa esperanza me atengo,
no serás mia.

CAR. ¿Por qué?

FAB. Mañana mismo me ausento
de Madrid.

CAR. ¿Con qué motivo?

FAB. ¡Faltaba á mi desconsuelo
este golpe! — Esta mañana
fuí llamado al ministerio...
Nada he querido decir
á tu familia. — El gobierno
hace justicia una vez
á mi fama y mis talentos,
pues sin yo solicitarlo
me ha conferido un empleo.

CAR. ¿Fuera de la córte?

FAB. Si.

Para país extranjero.

CAR. ¡Ah! ¿Qué dices! — Y ¿cuál es
el destino?FAB. Todo el Cuerpo
diplomático me envidia.
Es un mensaje secreto
para la córte...

CAR. ¿De Roma?

¿De Paris?

FAB. No. De Marruecos.
Es negocio urgente y grave,
y yo sin hacerme reo
no lo puedo rehusar.

CAR. Pero ¿no puedes al menos

tu partida suspender
algunos dias?FAB. No puedo.
Si hago tal, los intereses,
la dignidad comprometo
del Estado.CAR. ¿Será larga
tu ausencia?FAB. Hasta fin de invierno
permaneceré en la córte
marroquí; pasaré luego
al Helesponto; despues
iré á Ginebra; y si asciendo
al grado de embajador,
como yo me lo prometo
y el ministro me lo afirma,
seré llamado al congreso
que se habrá de celebrar
en Cafarnáun.CAR. ¡Santos cielos!!
¿Cuándo te vuelvo yo á ver?FAB. En tanto que yo me alejo,
aquí queda mi rival
que muy pronto de tu seno
desterrará mi memoria.CAR. Ingrato, ¿qué fundamento
tienes para hablar así,
cuando sabes que te quiero
más que á mí misma?FAB. Lo sé;
pero la porfía, el tiempo...
mi ausencia... ¡Ay hermosa mia!
No hay arbitrio, yo te pierdo,
te pierdo si no te atreves...

CAR. ¿Qué quieres decir con eso?

FAB. Carolina, si es verdad
que me amas; si late exento
de apolilladas ideas
ese magnánimo pecho;
si no en vano me apellidas
amigo, amante y maestro,
sígueme. Libre naciste,
y libre soy. Son derechos
sagrados los del amor.
¿Por qué devorar el fuego
que nos abrasa? ¿Por qué
reprimir nuestros deseos?
¿Por qué de nuestros suspirós
dilatar el dulce premio?
¿No es flaqueza y cobardía
sucumbir al duro peso
de la autoridad paterna,
y á sus tiranos preceptos
sacrificar nuestra dicha?CAR. Tienes razon; bien lo veo;
pero mi sexo... mi estado...
Cuando lo sepan mis deudos
y mis amigas... Mi madre
no consentirá...FAB. Ni es bueno
que lo sepa, porque en su alma,
á pesar de mis esfuerzos,
de sus rancias aprensiones
aún conserva muchos restos.
Ya se ve; mujer nacida
allá por mil setecientos
sesenta y tantos.CAR. Si yo
no oyera más que los ecos

del amor, no dudaria
condescender á tus ruegos;
pero la opinion...

FAB. ¡Bobada!

Sólo á espíritus groseros
intimida la opinion.
¿Y piensas que yo pretendo
que como una aventurera
me sigas de reino en reino?
¡Ah no! No lo creas. Tanto
como te amo te respeto.—
Espera un poco.

(Llega á las puertas á observar si le oyen, vuelve á la escena.)

CAR. (¿Qué haré?)

FAB. Nadie nos oye.

CAR. (Yo tiemblo.)

FAB. Busca una excusa y no vayas
esta noche al coliseo
con tu madre y con tu prima.
Tu padre, primero muerto
que perdonar su tresillo
ahí en casa de don Pedro.—
Vengo. Te hallo preparada.
Damos un par de paseos
en el jardin. Por la verja
nos salimos de braceró.
Un buen coche de camino,
que á nuestra fuga prevengo
ahí en la calle inmediata,
nos da cómodo aposento.
En hora y media llegamos
á la casa de recreo
de mi parienta y amiga
la condesa del Barbecho.
Nos casamos: con el alba
en camino nos ponemos;
llegamos á Cartagena.
Desde aquel hermoso puerto
á las costas africanas
se arriba con viento fresco
en pocas horas... ¡Qué gozo
para mí verte en Marruecos,
allí donde las mujeres
tan infelices nacieron,
sin eunucos, sin cerrojos
ofrecer tu culto á Vénus!
¡Y cuántas córtes despues
en triunfo visitaremos!
Tú me has dicho que viajar
ha sido siempre tu anhelo:
ahora saciarás tu gusto.
¡Qué de leyes! ¡Qué de pueblos!
¡Qué de costumbres diversas!
¡Qué de espectáculos nuevos!
Compara tu oscuridad
con el brillo que te ofrezco.
Compara la esclavitud
en que tus años crecieron
con la perspectiva hermosa
que á tu ambicion represento;
y dime si no seria
una simpleza, un exceso
de risible goticismo
el negarte á mi proyecto.

CAR. ¿Por qué pintas á mis ojos
con colores lisonjeros
un designio que reprueba
la virtud?

FAB. ¡Qué oigo! Yo sueño.
¿Y eres tú la que se llama
ilustrada? ¿Qué se han hecho
las máximas y...

CAR. Perdona;
que á tanto no me resuelvo.

FAB. ¿Dudas de mi fe?

CAR. No dudo.

FAB. ¿Crees tú poner en riesgo
tu virtud?

CAR. No, y de mi extraña
debilidad me avergüenzo;
mas no la puedo vencer.
No sé qué terror, qué acento
desconocido me manda
rebelarme á tus consejos.

FAB. (Fingiéndose enfurecerse por grados.)

¿Cuál acento? Yo lo sé.
Tu fatal amor primero,
falsa mujer, que renace
á redoblar mi tormento.
Ansiando estás que me aleje
para inmolarme á un protervo
seductor. (Ya titubea.)
¡Ah, que me ahogan los celos!
(Ya llora.) ¡Oh furor! ¡Oh infame
perfidia! ¡Qué horrible peso
es para mí la existencia!
(Ya es mía.) ¿No hay un veneno?
¿No hay un puñal...
(Yéndose.) Mis pistolas...

CAR. (Deteniéndole.) ¡Detente! ¡Espera! ¡Qué ciego
frenesí!

FAB. Déjame ingrata.
Me voy á saltar los sesos
en tu presencia.

CAR. ¡Ah! ¡Jamás!—
Tuya soy.

FAB. (Logré mi intento.)
¿Me seguirás?

CAR. Sí; aunque sea
hasta el fin del universo.

FAB. Ya respiro.—Tú verás
cuán felices somos.—Vuelo
á acelerar la partida.
Son preciosos los momentos.—
Un abrazo. (Yéndose despues de abrazarla.)
(¡Uf! Voy sudando
lo mismo que un carretero.)

ESCENA VII.

CAROLINA.

¡Cómo me quiere Fabricio!
¡Ese es amor! Hasta en esto
se distingue de la plebe
un filósofo moderno.—
¡Ea, valor!-- Todavía
á mi pesar me estremezco.—
¿Y por qué? Conozco bien
su corazón. Nada arriesgo.—
¡Qué existencia tan brillante
me aguarda! Trenes soberbios,
título de embajadora.
¡Ahí es nada; tratamiento
de excelencia! ¡Y bailaré
con los Príncipes! ¡Qué obsequios!
¡Qué magníficos banquetes!
Vamos; ¡y yo que me muero

por la política! ¿Acaso hay un placer más completo que revolver todo el mundo sin salir de su aposento? Fabricio, que es muy amable, me iniciará en los secretos de la insigne diplomacia. ¿Quién sabe si en un almuerzo ayudaré á decidir de la suerte de un imperio?— Pero mis padres... Mis padres me perdonarán un yerro tan dichoso para mí, tan honroso para ellos.— Don Luis... Querrá con las manos el pobre coger el cielo.— ¿Quién nos diría á los dos... Yo no sé por qué no acierto á olvidarle. Juraría que siento remordimientos... ¡No, no! Perdona, Fabricio, que mi corazon entero es tuyo; sí: tuyo sólo. ¡Oh delicioso himeneo! ¡Oh augusta filosofía, cuánta ventura te debo!

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROBUSTIANO, CAROLINA.

(Carolina aparece sentada y pensativa.)

ROB. *(Entrando.)* ¿Muchacha, ¡tú aquí tan sola!
¿Cómo no has ido al teatro?

CAR. Me siento un poco indispueta.

ROB. El pulso. *(Se lo toma)* Lo tienes algo intercadente. ¿Te duele la cabeza?

CAR. Un poco.

ROB. Es flato.

Que te echen unos cominos en una taza de caldo, y si el caldo te repugna, en unas sopitas de ajo. ¿Entiendes?

CAR. Así se hará.

ROB. Y vete á acostar temprano.

CAR. Estoy en eso.

ROB. Mañana ya no estará aquí el bigardo de don Fabricio.

CAR. Sin duda.
Como usted le ha desterrado...

ROB. ¡No, que le tendré en mi casa, y le haré mil agasajos, y le mimaré despues que me ha puesto como un trapo! Como yo sepa que tú vuelves á hablarle, en un claustro te encierro.

CAR. Pero ¡papá!
(Mucho le dura el enfado.)

ROB. ¡No faltaba más! Ahora verémos quién es el amo de esta casa; que harto tiempo he sido mofa del barrio.

CAR. ¡Y Fabricio va á venir!
Yo estoy en brasas.)

ROB. No trato de hacerte casar por fuerza con don Luis, aunque muchacho como él no lo has de encontrar; mas se me ha puesto en los cascos traerle á vivir con nosotros desde esta noche. ¡Es tan guapo! Voy en su busca ahora mismo. Cerca vive. En cuatro saltos...

CAR. *(No me atrevo á replicarle.)*

ROB. Manda prevenir el cuarto que da al jardin.

CAR. Bien está.

ROB. Y no hay que gruñir. Tengámos la fiesta en paz.—Mi mujer se va á llevar lindo chasco cuando vuelva.—Tú, á la cama, y si las sopas de gato no te alivian, que te pongan un sinapisimo en el bazo.

ESCENA II.

CAROLINA.

¡Cuál está contra Fabricio! Pues cuando vea que falto de casa, cuando le escriba que en secreto me he casado con el mismo á quien me manda olvidar, y que en sus brazos... Ruido siento. ¿Quién será?... Hasta del aire me espanto.— Es Fabricio.

ESCENA III.

DON FABRICIO, CAROLINA.

CAR. ¿No te ha visto mi padre?

FAB. No, porque he entrado por la puerta del jardin.

CAR. Acaba de darme un rato cruel.

FAB. ¿Cómo...

CAR. Está inflexible.
Te aborrece.

FAB. No me pasmo; que hombres como él rara vez perdonan un desengaño.
¡Eh!... Le compadezco.

CAR. Nunca, nunca aprobará los lazos que voy á formar...

FAB. Yo espero que se aplaque, sin embargo, cuando desde Cartagena le envié un extraordinario con la fe de casamiento y copia de mis despachos. Por más que sienta tu fuga, al fin no es moco de pavo un yerno de alto coturno.

CAR. Está tan encaprichado por don Luis... ¿Creerás que ahora salió en su busca, volando, porque se empeña en que viva con nosotros?

FAB. ¡Malo, malo!
Te quieren sacrificar;

te quieren perder. A ese acto de paterno despotismo seguirán mil atentados: la amenaza, la violencia... Sígueme; no tardes. Vamos.

CAR. No estoy en mí.—Ya te sigo.

FAB. Pero me sigues temblando. ¿Qué tienes?

CAR. Nada.

FAB. Suspiras; quieres reprimir el llanto y no puedes...

CAR. ¡Ay Fabricio! si fuese tu amor engaño;.. si cuando por tí abandono mi sosiego, mi recato...

FAB. Basta. Tú no me amas; no. Deja protestas á un lado. Quebranta tus juramentos y deja por un tirano á un amante; por un sér sumido en el torpe fango de sándias preocupaciones á un filósofo ilustrado, modelo de tolerancia, amoroso, dulce y blando, que de cien córtes famosas te quiere hacer el ornato. Déjame á mí, que te adoro y tus cadenas quebranto, por quien verá entre paredes consumirse en flór tus años; por quien querrá que limites á los más viles y bajos ministerios tu existencia: como cuidar que los platos no se rompan; presidir al barrido y al fregado; cegar sobre un bastidor; rezar en coro el rosario; echar trigo á las gallinas; hacer...

CAR. ¡Ah! Calla. ¡Qué cuadro tan espantoso!—A tu fe me entrego resuelta. Huyamos

FAB. Espera.—Bueno será, si acaso tienes á mano tus joyas, que te las lleves.—No hay mal en esto, que al cabo tuyas son.

CAR. Pero dirán...

FAB. ¿Qué han de decir? Aquí aguardo. Corre. No han de hacerte falta, que mis sueldos y honorarios son crecidos, y aquí llevo en buenas letras de cambio quince mil duros y pico; pero siempre hacen al caso las perlas y los brillantes.

CAR. Muy bien dices. Pronto salgo.

ESCENA IV.

DON FABRICIO.

¡Lindamente! Ya Liborio con el coche está esperando. A dos leguas de Madrid en un gótico palacio medio arruinado ya tengo

prevenido mi teatro para la boda de farsa. Tomo la posta, me embarco, y después...

ESCENA V.

DON FABRICIO, PAULA.

(Paula trae un vestido envuelto en un pañuelo.)

PAU. Felices noches, caballero.

FAB. ¿Quién ha entrado?

PAU. ¿Está en casa la señora?

FAB. Ha salido.

PAU. Aquí la traigo de parte de mi maestra este vestido... (¿Es encanto de mis ojos, ó esa cara...)

FAB. Muy bien. Puede usted dejarlo y volver. (¿Qué veo?... ¡Es Paula! Soy perdido.)

PAU. (No me engaño. El es.) Traidor, fementido, el rostro vuelves en vano.

FAB. ¿Con quién habla usted, señora?

PAU. ¡Oyó en fin el cielo santo mis súplicas! Hombre vil, hombre infame y depravado, sin honor, sin religion...

FAB. O calla usted, ó la maudo echar de aquí. ¡Habrás insolencia... (En terrible apuro me hallo.)

PAU. No creas amedrentarme, que en mi justicia descanso y en la proteccion del cielo. Bien sé que con nombre falso, ¡sacrilego!, me llevaste á las aras; pero ¿acaso es menos indisoluble el vínculo sacrosanto que nos une? Aquí, en Madrid, tengo testigos, villano, que comprueben tu delito si te atreves á negarlo.

FAB. (Ya es preciso transigir.) Paula mia, hablemos bajo, que puedes comprometerme.—Soy tu esposo, soy tu esclavo.—Vete; te veré despues y justificarme aguardo.

PAU. ¡Justificarte, perjuro!

FAB. Calla con mil de á caballo.—¿Dónde vives?

PAU. Ven conmigo y lo sabrás. De este cuarto no salgo sin tí.

FAB. Mujer, nos veremos más despacio.

PAU. No quiero, ya no me fio.

FAB. (No sé como no la mato.—Carolina va á venir...)

PAU. ¿Qué es eso, que miras tanto á esa puerta?

FAB. Nada. Vete.

PAU. (Se sienta y deja sobre otra silla el vestido que trajo.)

en esta silla me clavo hasta que vengas conmigo.

FAB. Tengo aquí que hacer. Despacho

al momento..., y tú no debes estar presente...

PAU. Ya alcanzo por qué quieres alejarme. Sin duda tienes, ingrato, nuevos amores...

FAB. ¿No callas?

PAU. No, no. Bastante he callado. ¡Bastante he sufrido!

FAB. Al menos iré á ver si algun lacayo nos puede oír.

PAU. (*Lavantándose y usiéndole de un brazo.*)
Vamos juntos.

FAB. Suéltame:

PAU. Si das un paso con intencion de escaparte, como soy Paula que llamo á la guardia.

FAB. ¡Qué mujer! ¿Cómo me desembarazo de ella?—Si le doy un golpe, va á alborotar el cotarro. Me expongo á un lance peor si de aquí no la separo.—
Qué situacion!

PAU. ¿En qué piensas? No es el negocio tan árduo.

FAB. (Pues, señor, será forzoso que abandonemos el campo. ¡Qué dolor! Pierdo una mina, y mal que me pese cargo... ¡con una cruz! Ya te sigo. Guía tú... (*Queriendo desprenderse.*))

PAU. No suelto el brazo.

FAB. ¡Ah! Ya la veo venir. (*Aparece Carolina con una caja, que deja luego sobre una mesa.*)
Tiró de la manta el diablo.)
Suelta... Vete...

ESCENA VI.

DON FABRICIO, CAROLINA, PAULA.

CAR. ¿Con quién hablas? Mas ¡qué veo! ¿Estoy soñando? ¡Tú de bracero con otra dentro de mi casa!

FAB. ¡Bravo! No hay más que pedir. ¡Reniego de mi fortuna! Es el caso... que esta muchacha... (*A Paula.*)
Por Dios no me desmientas.

PAU. (Yo me aspo.)

FAB. Es una primita mia. Se encuentra en cierto quebranto...

CAR. ¡Prima tuya!—¿Dónde he visto á esta mujer?... ¡Ah! Ya caigo. Antes de ayer en la tienda de mi modista.

FAB. No es raro que fuese á mandarse hacer algun vestido.

CAR. Eso es falso; que con otras oficiales allí la ví trabajando. ¡Ah! Tú me vendes, perjuro. ¡Y por quién, Dios mio!

PAU. Paso

señorita, que si ahora quiere mi destino infausto reducirme á condicion tan humilde, no me cambio por usted, ni por ninguna. El vivir de su trabajo no es afrenta, no es delito: algo peor es... (*A don Fabricio que la hace señas.*)
No callo.—

Indisponer matrimonios, tratar con hombres casados, escandalizar...

CAR. ¡Qué escucho! Con que ¿tú...

FAB. No la hagas caso, que está loca.

PAU. Loca estuve cuando creí sus halagos, cuando en la Habana le dí mi corazon y mi mano.

CAR. ¡Oh colmo de iniquidad! ¡Y estaba solicitando con tanto fervor la mia!

FAB. ¡Qué no me confunda un rayo!

PAU. Señorita, usted perdone si, movida por un raptó de indignacion, he podido hacer á su fama agravio. De ocho dias á esta parte en esa tienda trabajo, y no conocia á usted. Encuentro aquí al inhumano que me abandona; oigo á otra reconvenirle; me abraço; no en celos, en ira sí, y á reprimirla no basto.

FAB. (Por la puerta... Me detienen. El balcon está muy alto.)

CAR. ¡Necia de mí, desdichada! ¡Y mi corazon incauto suspiraba por el mónstruo!... Y era mi delirio tanto que por él... ¡Ah!... que no puedo respirar...

PAU. (*Sosteniendo á Carolina.*) Se ha desmayado. ¡Socorro!

FAB. (Ocasión mejor no se ha de ofrecer. Yo escapo,)

ESCENA VII.

CAROLINA, PAULA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO, DON LUIS, CRIADOS.

PAU. ¡Detenedle!

ROB. Alto ahí. ¿Adónde va usted tan precipitado?—
Mas ¡qué veo!

LUIS. ¡Carolina!

ROB. ¡Hija mia! (*A los criados.*) Ahí os encargo ese hombre. No le solteis. (*Acude á socorrer á Carolina.*)

PAU. No se os escape.

FAB. Sepamos qué derecho hay en ustedes para atajarne los pasos.

LUIS. ¿Qué derecho? ¿Y cuál ha sido la ocasion de ese desmayo?

FAB. Yo no sé.

LUIS. ¿Y por qué razon

dice el refran.

LUIS. ¿Qué refran ni qué... Me gusta la flema. Con que estoy desesperado viendo iniquidad tan negra, ¿y me sale usted ahora con refranes?

ROB. Tanta pena tengo yo como usted mismo; y daria cien talegas porque fuera usted mi yerno.— ¡Eh! ¿Quién sabe... La primera inclinacion no se olvida fácilmente, y las finezas de usted, su constancia heroica puede que al cabo conviertan á Carolina.

SA. Será difícil si usted se niega á apoyarle. Mas no es cosa de que usted se comprometa. ¡Ahí es nada! ¡Resistir á la autoridad suprema de mi tia!

OB. ¡Hum!.. Me atosigás mujer, con tanta indirecta. Pronto verás que no soy tan gallina como piensas. Como hasta aquí obraba solo no es mucho que sucumbiera. Ahora ya es otra cosa: don Luis me da fortaleza. Reclamará sus derechos, y si no ceden á buenas, habrá la de San Quintin.

A. Eso, eso. ¡Teson! ¡Firmeza!

MS. No es tampoco mi designio apelar á la violencia, aunque me sobra razon para...

A. ¡Chito! Ya se apean del coche. (*Se levantan los tres.*)

OB. ¡Aquí de mi brio!

A. Ya los oigo en la escalera.

MS. ¡Cómo siento palpitar mi corazon!

A. Ahora es ella.

ESCENA IV.

ISABEL, DON ROBUSTIATO, DON LUIS, DOÑA MAMERTA, CAROLINA.

M. ¡Qué deliciosa mañana!

B. Pronto habeis dado la vuelta. Y ¿cómo es que don Fabricio...

A. Nos ha dejado á la puerta.

Ha ido á hacer unas visitas.

M. (*A don Luis con frialdad.*)

¡Calla! ¿Usted por estas tierras?

A. (*Con afectada indiferencia.*)

¡Ah! don Luis...

MS. Veo que ustedes me reciben con tibieza, y siento mucho...

A. No tal.

Sabe usted que se le aprecia...

MS. Saludo á usted, Carolina, con la amistad más sincera, y aunque...

CAR. Beso á usted la mano.

MAM. (*A Carolina.*) Así, así: la cara seria y poca conversacion.

CAR. (Yo no sé por qué se altera mi corazon al mirarle. ¿Si será alguna centella del pasado amor?—¡Eh! No. ¡Qué bobería! Así..., cierta compasion...)

MAM. Señor don Luis, siento imponer á mi lengua el sacrificio penoso de confirmar una nueva poco agradable. La chica le quiso á usted, no lo niega, y yo aprobé su cariño; pero, sin que usted se ofenda, no era aquella una pasion decidida, verdadera...

LUIS. Bien lo veo.

MAM. Era una especie de ensayo...

LUIS. Me lisonjea mucho esa declaracion.

MAM. Usted dirá que es coqueta, caprichosa, atolondrada, voluble... Lo que usted quiera. Mas la ilustracion y el trato nuevos deseos engendran; y si ella ha visto otro jóven que aunque menos la merezca la agrada más, ¿qué remedio? Bueno es guardar consecuencia á un enamorado ausente; pero ya ¿quién se alimenta de suspiros y esperanzas? Dejemos á las novelas tan ridiculo heroismo. Acá en el mundo se piensa de otra manera. La llama no se mantiene sin leña.

LUIS. ¡Qué lenguaje! Ya, señora nada me causa sorpresa.

MAM. ¿Sí? Pues me alegro.

LUIS. Supongo que en esas máximas nuevas tambien estará iniciada Carolina.

CAR. ¡Bueno fuera que á los veinte años cumplidos aún pesáran las cadenas sobre mí de la ignorancia! A mí ya no me gobiernan autoridades postizas y tradiciones añejas. Yo respeto la virtud, pero amo la independendencia. Siembro de flores la vida y no de espinas sangrientas. Quiero saber algo más que rutinas de la escuela, y en vez de pensar por otros quiero pensar por mí misma; que para eso Dios me ha dado mis sentidos y potencias.

LUIS. ¿Qué es esto? ¡Oh cielo!... ¿Es usted aquella jóven modesta, candorosa, que hace un año no osaba alzar de la tierra

sus ojos? ¡Ah! Yo estoy loco.
¿Cuál fué la astuta culebra;
cuál fué...

MAM. Señor mio, aquí
con sermones no nos venga,
y mire por su conducta
sin censurar las ajenas.
(Isabel no cesa de instar por señas á don Robustiano
para que hable.)

LUIS. Señora, yo...

MAM. Concluyamos.
Carolina le venera
le estima á usted, mas no le ama;
pues sólo en su pecho reina
el bizarro caballero
don Fabricio de Requena,
diplomático, erudito,
hombre de fama europea,
filósofo, independiente;
un hombre en fin...

LUIS. Digno de ella.

MAM. Con efecto.

ISA. (A su tío.) ¡Ahora!

ROB. Aguarda.

MAM. Y si acaso usted conserva
un amor desesperado,
será mejor...

ISA. (Como antes.) ¡Ahora!

ROB. Espera.

MAM. Que se vuelva usted á Flándes.

LUIS. (Ya me falta la paciencia.)

MAM. Mas yo no dudo que usted
se conforme con su estrella,
y filosóficamente
saque fuerzas de flaquezas.

ISA. ¡Animo, tío! (En voz baja.)

ROB. No es tiempo.

CAR. Ya nadie se desconsuela
por estas cosas. Muchachas
hay en Madrid á docenas
que le harán á usted dichoso.
No faltará una cordera
tímida, humilde, sencilla,
que á su yugo se someta,
y que quiera envejecer
en perdurable tutela.

ISA. ¡Tío! .. (Aparte á don Robustiano.)

ROB. ¡Chist!...

MAM. ¡Eh! No perdamos
la amistad por frioleras.

CAR. Usted lo que debe hacer
es reirse á boca llena,
si no quiere que le silben
sus amigos cuando sepan
que ama usted á lo Quijote
en mil ochocientos treinta.

LUIS. ¡Carolina!

MAM. ¿No sabeis
lo que haría yo, si fuera
don Luis?

CAR. ¿Qué?

MAM. Ser tu padrino.

LUIS. ¡Yo!

CAR. ¡Qué feliz ocurrencia!

Sí; amigo mio y entonces
será mi dicha completa.

MAM. Ea á disponer la boda.
Apresuremos la fiesta...

LUIS. ¿La fiesta? ¡Oh! No, no la esperes,

mujer ingrata y proterva.
Puede que el velo nupcial
en negro luto se vuelva.
Ya no soy dueño de mí.
Ningun respeto me enfrena.

ISA. (Aparte á su tío.) Apoyele usted.

ROB. ¡Oh! en parte. (A doña Mamerta.)
tiene razon...

LUIS. Yo pudiera
resignarme á tu perfidia;
mas sufrir que me escarnezca
la misma que tantas veces
me juró constancia eterna;
sufrir la insolente calma
con que rie y se deleita
al ver mi despecho... ¡Oh! No.
¡Seductor infame, tiembla!
Aún no has triunfado. En tu sangre
sabré lavar mis ofensas.

CAR. (¡Ay Luis mio, qué furor!
Toda mi sangre se hiela.)

MAM. ¿Y usted tiene la osadía.
en mi casa, á mi presencia...

LUIS. ¡Viven los cielos!...

ROB. Don Luis,
don Luis; por Dios... ¡Ah! ¡Qué escena
del diablo! Bien la temia.

ISA. Bien pudo usted precaverla.

MAM. Váyase usted al instante
de mi casa, y no se atreva
jamás...

CAR. ¡Mamá! (Quiera Dios
que ahora no se aparezca
Fabricio...)

LUIS. Sí; con placer
me alejo, y ¡nunca mi huella
hubiera estampado aquí!
Mas mi vengauza sangrienta...
¡Ah! no, no. Mi corazon
desmiente á mi osada lengua.
Perdóname, Carolina.
Yo esperaba á la vehemencia
de mi pasion resistir;
mas ¿qué hombre, si ama de veras
y fué amado, á sangre fria
se ve arrebatar su prenda?

CAR. Yo, don Luis, ... si... (Mucho temo
qué á mi pesar me enternezca.)

ROB. Hija mia, reconoce
aquella primera deuda...

MAM. ¡Hum! ¿Qué dices?

ROB. Sí, mujer;
dejémonos de contiendas
y sea don Luis su esposo.

ISA. Sí; y á ese embustero, tea
de la discordia...

MAM. ¿Tambien
tú te metes en la renta
del excusado?

ISA. La suerte
de mi prima me interesa,
y veo...

ROB. Vaya; reciban
nuestra bendicion paterna.

MAM. ¿Qué es eso de bendicion?
Primero que tal consienta
me han de hacer trizas.

ROB. ¡Mujer!

MAM. ¡Mal padre!

ROB. Yo...
MAM. En vano intentas
oprimirla.

ROB. Escucha.
MAM. Tú
no sabes lo que te pescas.

ROB. Pero ten calma. Yo soy...

MAM. (*Gritando*.) Tú eres un cerro á la izquierda. —
Y á mí no me alces el grito.

ROB. ¡Si tú eres la que voceas,
mujer!

MAM. ¡No faltaba más!

ROB. Mamá, por Dios que se entera
la vecindad...

ROB. ¡Mujer!...

MAM. ¡Tía!...

MAM. Tienes corazon de hiena.
Eres un tirano, un mónstruo,
un asesino.

ROB. Modera
tu furia; no entre la guardia
y sin más ni más me prenda.

MAM. Se verá...

ROB. (*Esforzando la voz*.) Calla una vez,
y cácala con quien quieras,
y más que el diablo...—¡Jesus!
¡Jesus, mujer! Tú te empeñas
en matarme. ¡Y en qué día
me armas una pelotera!
¡Hoy que he tomado *Le Roy*!
Verás si se me indigesta...
¡Válgame Dios! Yo estoy malo;...
malo. (*A la puerta*.) ¡Gervasia! Calientá
la cataplasma anodina.—
Dios mio, dadme paciencia.

ESCENA V.

DOÑA MAMERTA, DON LUIS, ISABEL, CAROLINA.

MAM. Amigo mio, la boda
de la chica está resuelta
con don Fabricio. No tengo
obligacion de dar cuenta
á usted ni á nadie del mundo
de las causas que me empeñan
en favor de su rival;
ni es justo que por quimeras
y preocupaciones vanas
una mujer comprometa
su dicha. Obre usted ahora
como mejor le convenga.

ESCENA VI.

DON LUIS, CAROLINA, ISABEL.

IS. ¡Así te vas, Carolina,
sin decirme adios siquiera?

ROB. (*Cortada*.) Adios.

IS. ¿En qué te ofendí
para que así me aborrezcas?

ROB. Yo no le aborrezco á usted.

IS. ¡Quién un día me dijera
lo que hoy me está sucediendo!

Preciso es que te merezca
más que yo el hombre dichoso...

ROB. ¡Qué quiere usted! La influencia
de la razon... (*Yo me turbo*.)

Veo que usted no congenia
conmigo.

LUIS. Pues hace un año
que en armonía perfecta
nuestros genios, nuestras almas...

CAR. Son otras ya mis ideas.
Si sólo del corazon
oyese lo voz secreta,
y la razon ilustrada
no me sirviese de rienda,
aún fuera usted el objeto
de mi amor; pero quien piensa
como yo, quien ha leído,
quien odia, en fin, las cadenas
que labra el hombre cruel
á su débil compañera,
no limita la ambicion
á ser tenida por bella,
y á los oscuros placeres
de ruda naturaleza.

LUIS. Traducido al castellano
eso es tratarme de bestia.

CAR. No es tal mi intencion, don Luis.
Siento que usted no me entienda.
Tiene usted mucho talento;
es usted un pozo de ciencia,
mas no espero que renuncie
á la tiranía horrenda
de su sexo, no; y que al mio
bastante virtud conceda
para ser libre sin riesgo
é ilustrado sin afrenta.

LUIS. No es mi ánimo, Carolina,
mostrarte ahora la senda
á las mujeres trazada
por la virtud verdadera.
Pero ¡qué mal me conoces
si imaginas que una sierva
buscaba en tí; no, una amiga
amorosa, dulce y tierna!
Seguro yo de tu amor,
no oirias en mi lengua
preceptos, sino cariños,
y mi ventura suprema
cifraria en consagrar
á tí sola mi existencia

CAR. Lo creo, señor don Luis;
y ese cuadro me embelesa.
¡Ah! Yo tambien esperaba
algun dia...

LUIS. ¿A qué violentas
tu corazon, Carolina,
si aún te habla por mí? Recuerda
aquel tiempo venturoso...

CAR. Sabe Dios cuánto me pesa
de afligirte,—de afligirla
á usted.

LUIS. ¡Ah! No te arrepientas
de tutearme, Carolina.
No es esta la vez primera
que usas conmigo el lenguaje
del amor y la inocencia.

CAR. Es verdad.

LUIS. ¿Me amás aún?

CAR. No lo sé...

LUIS. Bien me lo demuestra
tu agitacion. No lo niegues.
Mírame á tus piés...

CAR. (*Le hace levantarse*.) ¿Qué intentas?
Levanta, Luis. Si mi madre
por desgracia nos observa...

Suelta.—Suelte usted la mano.

LUIS. ¡ Carolina!

CAR. ¡ Qué flaqueza
la mía! ¡ Ven á mi auxilio,
oh filosofía excelsa!
Aléjese usted (*Con imperio.*)

ISA. ¡ Adios!

Volvió á perder la chaveta.

LUIS. ¡ Qué escucho! ¡ Será posible
que una manía funesta
destruya...

CAR. No espere usted
que su vista me conmueva
otra vez. Ya estoy curada
de mi estupidez primera.
Nunca será mi marido
un hombre lleno de necias
preocupaciones. ¡ Yo
reducirme á hacer cálceta,
pelear con las criadas,
abastecer la despensa,
fajar niños, ajustar
la cuenta á la lavandera...
¡ Oh qué ignominia! Primero
consumirme en una celda.

ESCENA VII.

DON LUIS, ISABEL.

LUIS. No sé si llore ó me ria.

¡ Sobre que no lo creyera
á no verlo por mis ojos!

ISA. Tal han puesto su cabeza
esos perniciosos libros;
pero como usted se sepa
conducir, aún he de verle
coronado en la palestra.
Con la venida de usted
en mi prima se despierta
la antigua llama, por más
que á sofocarla se esfuerza.

LUIS. Pero su madre...

ISA. Mi tia
no es ahora lo que más pesa
en la balanza. Si usted
á don Fabricio destierra
de esta casa...

LUIS. ¡ Y de qué modo?

ISA. Él, según todas sus señas,
es un pícaro de marca,
pedanton de marca y media,
estafador, intrigante,
zascandil, y aunque la echa
de hombre grande...

LUIS. Nos veremos
las caras. ¡ Dónde se hospeda?

ISA. ¡ Aquí mismo!

LUIS. ¡ Aquí? ¡ Oh furor!

Yo volveré...

ISA. Si por buenas
puede usted...

LUIS. Balcones hay
si no sale por la puerta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, ISABEL.

CAR. Isabel, no me porfies;
que es ya asunto decidido,
y aunque el mundo se opusiera
me he de casar con Fabricio.

ISA. ¡ Ay, Carolina! ¡ Y tú puedes
tan pronto dar al olvido
el tierno primer amor...

CAR. De tu simpleza me río.
Amar una sola vez
no es costumbre de este siglo.
Si un nuevo objeto aparece
más halagüeño, más digno
de ser amado, ¡ por qué
no preferirle al antiguo?

ISA. Sí; pero hay una opinion
que respetar es preciso,
y esta juzga á las mujeres
con tanto rigor...

CAR. ¡ Qué lindo!
¡ Y á esa tirana opinion
debemos nuestro albedrío
sujetar? En hora buena
aterre al vulgo sencillo
el que dirán; no á quien sabe
que si impone sacrificios
la sociedad ilustrada,
también guarda al sexo mio
derechos imprescriptibles.
Por no exponerme á los tiros
de injusta maledicencia
¡ he de cargarme de grillos?
Prometí á don Luis mi mano;
mas ¡ habrá un juez tan incúo
que faltar á las promesas
de amor tenga por delito?
Con razon me censuráran
si á un tiempo quisiera á cinco,
ó mudara yo de novios
como mudo de vestidos;
pero ¡ quién puede culparme
si para mi esposo elijo,
á quien me merece más,
no á quien primero me quiso?

ISA. Bien; pero dirán las gentes,
y acaso no sin motivo,
que fué tu casamentero;
no el amor, sino el capricho.

CAR. Ni el capricho ni el amor;
porque este es un ciego instinto
que nos pierde muchas veces,
y aquel un necio extravío
de la razon. La amistad
cimentada en los principios
de sana filosofía;
la conformidad que miro
en nuestras inclinaciones;
el simpático atractivo
de nuestras almas: hé aquí
de mi boda los auspicios.

ISA. ¡ Y crees ser dichosa...

CAR. ¡ Vaya!
Quemaria yo mis libros...

ISA. No harías mal en quemar

los que te vuelven el juicio.

CAR. (*Riéndose.*) ¿De veras? ¡Pobre Isabel!
¿Te hallas bien en el abismo
de tu supina ignorancia?

ISA. Y al borde del precipicio
¿te hallas tú bien, Carolina?

CAR. ¡Oh! sí; está en grave peligro
mi virtud.

ISA. Tú no eres mala;
pero estás ya en el camino
de serlo.

CAR. No lo sabia.
Yo te agradezco el aviso,
primita.

ISA. Mucho me engaño,
ó ese hombre es un libertino,
un...

CAR. Guárdate de injuriale,
ó para siempre reñimos.
¡Qué estupidez! Porque un hombre
se atreve á ensanchar el giro
de sus ideas y sabe
hacer frente al fanatismo,
á la rutina, al error,
¡ya es un malvado, un judío!

ISA. Pero ¿sabes...

CAR. Yo sé bien
en quien pongo mi cariño.

ISA. Puedes engañarte, prima.
Al fin él no tiene oficio
ni beneficio.

CAR. El gozar
bienes cuantiosos, destinos
elevados, prima mia,
no es siempre seguro indicio
de merecerlos.

ISA. Se ignora
quién es, y de dónde vino,
y qué familia es la suya,
y...

CAR. Yo sé que ha merecido
mi corazón y mi mano:
lo demás no lo examino;
y si él es solo en el mundo,
mejor, porque así no lidio
con suegros ni con cuñados.

ISA. Hay espíritus malignos
que cuando le ven tan tierno,
tan amoroso contigo,
dicen que no está prendado
de tu garbo y tus hechizos,
sino de la rica dote
que habrá de darte mi tío.

CAR. Pues yo sé que menosprecia
las riquezas, y lo mismo
me querría oscura y pobre.

ISA. ¡Oh! sí. Un hombre que ha perdido
con serenidad estóica
yo no sé cuántos navíos...

CAR. ¡Feliz yo que puedo en parte
reparar tantos perjuicios!

ISA. Quiera Dios que no se ría
de tí. Mira que es ladino.
Mira...

CAR. Vaya de sermón.

ISA. Y á tí misma ¿quién te ha dicho
que ese tu amor acendrado
está léjos del desvío?
¿No me dijiste hace poco

que querer siempre á uno mismo
es pensar como allá en tiempo
de los Sanchos y Ramiros?

CAR. Sí, mientras una es soltera;
mas ya casada, es distinto.
Hay deberes tan sagrados,
que jamás...

ISA. No te imagino
capaz de violarlos, prima.
Sin embargo, los que han visto
que por casarte con otro
vendes ahora al más fino
de los amantes, dirán
que por un nuevo Narciso
el día menos pensado
venderás á tu marido.

CAR. ¡Oh, que estás impertinente!
Dicen..., dirán... Pues yo digo
que sé bien lo que me hago,
¿estás?, y no necesito
que me des consejos.

ISA. Yo
te ofrezco no repetirlos.
Allá te las hayas.—Mira:
ahí tienes á tu Fabricio.
Yo ni verle quiero. Adios.
(¡Qué cara tiene de pillo!)

ESCENA II.

CAROLINA, DON FABRICIO, DOÑA MAMERTA.

MAM. Rendida vengo. El volante
es un terrible ejercicio.

FAB. Es verdad, pero divierte
mucho y abre el apetito.

MAM. ¿De qué hablabas con tu prima,
que se aleja de este sitio
al vernos venir?

CAR. Visiones
de un espíritu mezquino
y preocupado. Pretende
que es un crimen, un delirio
el casarse las doncellas
á su gusto.

FAB. Sí; en su juicio
seria mucho mejor
consultar el del vecino.
¿Qué en el siglo diez y nueve
se oigan tales desvaríos!

CAR. ¡Y dale con la constancia,
y la fe y la...

MAM. ¿Qué prurito
de meterse á consejera
cuando apenas sabe el *Cristus*!

CAR. Siempre la misma canción;
pero á mí por un oído
me entra y por otro me sale.

MAM. No importa. Cierre su pico;
que si vuelve á porfiar
le diré cuántas son cinco.

CAR. Su ignorancia la disculpa:
por eso yo no me pico.

FAB. Mejor es tomarlo á risa.
Si vuelve á sus silogismos,
haz cuenta que estás oyendo
las coplas de Calainos.

CAR. Ella desea mi bien.

FAB. ¡Oh! eso sí. Y yo como primo;
la quiero ya. Sus ideas

son algo á machamartillo.
Ya se ve; ¡si tiene horror
á los libros prohibidos!
Su ambicion está saciada
con un chal ó un abanico,
con bailar un rigodon
y con lucir el palmito.
Mujer, en fin, que no sabe
más que... ser mujer. Yo afirmo
sin embargo que es muchacha
que promete; y si consigo
su confianza, como espero,
ya verás tú con qué ahinco
me consagro á desmontar
aquel terreno baldío
que al arado se rebela,
y qué frutos tan opimos
dará á la filosofía
mi saludable cultivo.

CAR. Tendré mucho gusto en ello.

MAM. Es laudable tu designio.

FAB. Enseñar al que no sabe
es un precepto divino.

CAR. Da compasion en verdad
que se pierda oscurecido
un talento como el suyo,

FAB. Sí; y yo soy muy compasivo;
bien lo sabes; sobre todo
con el sexo femenino.

MAM. Muy *filántropo*.

FAB. Eso es.

CAR. ¡Qué bien suena ese adjetivo!
¡Filántropo!

MAM. ¡Venturosa
quien te da el nombre de hijo!

FAB. (*Acariciándola.*) ¡Oh *filántropa* y perspicua
ciudadana! ¡Oh prototipo
de la ilustracion materna! —
Y tú, que á tantos hechizos
unes tal grandeza de alma
é ingenio tan peregrino,
que á tu lado...

CAR. Tus elogios
me parecen excesivos.

FAB. No tal.

CAR. Para merecerlos
poco sé y menos he visto;
más me envanece la idea
de saber que me distingo
entre el vulgo mujeril;
y si aún por mi mal abrigo
de vergonzosas rutinas
algun oculto vestigio,
tú lo sabrás desterrar,
ilustrado esposo mio.

FAB. Lo juro por esta mano
en que mi ventura cifro,
adorada esposa mia.

MAM. Yo lloro de regocijo.

FAB. Vaya; ¡y cuándo nos casamos?,
que mi amor...

MAM. Mañana mismo.

CAR. Sí; mañana.

MAM. ¡Están corrientes
los papeles, los testigos?

FAB. Sí señora.

CAR. A la oracion
para evitar el bullicio
de los muchachos.

FAB. Bien dices

y...

CAR. Mi papá.

MAM. ¡Qué fastidio!

ESCENA III.

CAROLINA, DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO.

FAB. ¿De dónde hueno á estas horas,
mi señor...

ROB. No necesito
que usted lo sepa.

FAB. (*Aparte á doña Mamerta.*) No obstante...
¡Pues vendrá poco mohino!

¿Qué mala yerba ha pisado?

MAM. Dí: ¿no estabas tan malito?

¿Por qué has salido de casa?

ROB. Sin duda ha sido un aviso
del cielo. Por su bondad
inmensas gracias le rindo.

MAM. ¿Qué quieres decir con eso?

ROB. ¿Qué quiero decir? Que frito
me vea yo si mi hija
se casa con don Fabricio.

FAB. ¡Cómo...

MAM. Pues esta mañana
¿no dijiste...

ROB. Me desdigo.

Por no mirarme enlazado

con hombre tan fementido

daria el nombre de yerno...

¿A quién diré yo? A un rabino.

FAB. (¡Malo! Mi vida y milagros
averiguó. Soy perdido.)

CAR. Pero ¿se puede saber...

ROB. ¡Ah! Por poco no es tardío
mi desengaño.

MAM. ¡Qué posma!

ROB. ¡Engañarme como á un chino
despues que en mi propia casa
le doy albergue y le admito
á mi mesa! Yo no sé
cómo mi furor domino.

FAB. Pero atienda usted á razones.

Sin duda algun embolismo.

algun chisme...

ROB. Aquí no hay chismes.

Con justa razon me irrita

CAR. (¿Qué será...)

ROB. Niégume usted

que es el autor viperino

de un aleve papelucho

con hiel y con sangre escrito

en que dice mil infamias

del sistema curativo

de *Monsieur Le Roy*.

FAB. Usted sueña.

ó algun pérfido enemigo...

ROB. No sueño; que en mi poder
he tenido el manuscrito.

FAB. (¿Cómo diablos...)

ROB. El censor

á cuya mano ha venido

me lo acaba de enseñar.

Es un fraile dominico

por más señas.

FAB. Sí; eso es fácil...

(¡Qué terrible compromiso!)

ROB. No ha sido mala fortuna

haberme dado el capricho de hacerle hoy una visita, pues de este modo averiguo que he dado hospitalidad en mi casa á un basilisco.

CAR. Hay letras tan parecidas que no es extraño...

ROB. Repito que el folleto es del señor.

FAB. Mientras usted no haya visto mi nombre en ese papel, es aventurado el juicio.

¿Quién lo firma? Yo conozco á todos los eruditos

ROB. *Don Enrique Bocafria* se lee en el frontispicio.

FAB. ¡Ah! Ya caigo. Un medicastro que anda á caza de partidos con más hambre que doctrina. Le conozco desde niño.

ROB. Con que ¿usted...

FAB. Y con efecto es muy parecido al mio el carácter de su letra.

ROB. ¡Vaya un descarado inaudito! Sepa usted, señor pedanton, que no soy yo tan borrico como usted piensa.

FAB. ¡Oh! Quien duda...

ROB. También yo entiendo un poquito de anagramas

MAM. Pero en fin...

FAB. (¡Ahora sí que me ha cogido.)

ROB. En buenas manos estaba el panderero. ¡Ya, ya es fino el reverendo censor! Para esto de logogrifos, charadas y quisicosas no hay otro. El tal apellido le chacó á primera vista; y como él no pierde ripio, **trincha, confrenta, calcula,** y saca por fin en limpio que es *Enrique Bocafria* anagrama de *Fabricio Requena*. Si usted lo duda, á la prueba me remito

AB. A..., E..., B..., Q..., C... En efecto. Vaya, que se ven prodigios...

ROB. Aún es capaz de negarme...

AB. Le digo á usted que no es mio ese papel; ni he soñado...

ROB. Pues yo lo creo; y lo afirmo, y lo juro.

AB. A tan extraña obstinacion no replico.

AM. Bien; yo quiero suponer que él es autor de ese libro. ¿Habreis de reñir por cosas que no valen un comino? ¡Qué locura! Si él no gusta del método purgativo, déjale con su opinion.

ROB. Lo llama absurdo, asesino, diabólico.

AM. Pero, padre, ¿le ha sacado á usted algun hijo de la pila *Monsieur Le Roy*?

ROB. Me conserva el individuo,

que es más.—Pero la ponzoña de ese libelo maldito á nadie perdona, á nadie.

En él he reconocido mi retrato. ¿Lo creyerais?

MAM. ¿Tu retrato?

ROB. Cabalito.

Despues de decir mil pestes y de escarnecer sin tino á los que él llama profanos curanderos, tan al vivo me rebaja bajo el nombre de don *Roque Sinapismo*, que ni olvida el peluquin ni perdona el lobanillo que me ha salido en la nuca. ¡Por vida del Ante-Cristo!

CAR. No culpe usted á mi novio. Será algun doctor canijo el autor de ese folleto

MAM. Eso es lo que yo malicio.

FAB. Bien puede usted sosegarse, Yo hablaré con el ministro, y sea el autor quien fuere no saldrá á luz...

ROB. Bien tranquilo estoy yo sobre ese punto.

FAB. ¿Cómo...

ROB. Ya se ha prohibido la impresion.

FAB. (¡Pobre librero!)

ROB. ¡Oh! Sí, señor. Ahora mismo vengo del juzgado.

FAB. Entonces no hay caso...

ROB. Vaya; ¡poquito se ha alegrado don Cenon Panzacola y Solomillo!

MAM. ¿Don Cenon?...

ROB. Sí, aquel doctor *in utroque*.

CAR. ¿Y qué motivo...

ROB. Hace bien en alegrarse, porque el purgante benigno le cura cada semana dos cólicos y un ahito

CAR. ¡Pues ya! Comerá *in utroque*... Es decir; á dos carrillos.

MAM. ¡Eh! Ya basta. Dispongamos el casamiento...

ROB. Ya he dicho que no quiero. Y el señor, que se dé por despedido de mi casa.

MAM. ¿Como es eso? Yo no sufro...

ROB. Yo lo exijo. Por hoy se puede quedar hasta que busque su avío en otra parte. Mañana mudará de domicilio.

MAM. No hará tal.

ROB. Si hará.

CAR. Papá, ¿es posible...

FAB. (Me he lucido.)

MAM. Tengamos paz y no demos qué decir á los vecinos. Ya se me exalta la bilis.

ROB. A mí se me da una pepino
de tu bilis.

MAM. ¡Insolente!
¿Tú me hablas con ese estilo?
¿Tú te atreves...

ROB. Sí; que al cabo
de cuarenta años y pico
bien me puedo yo atrever
á enfadarme.

MAM. ¡Oh despotismo!
¡Oh tiranía!

ROB. Mamerta,
calla.

MAM. (*Gritando.*) ¿Qué es callar? ¡Indígeno,
grosero, soez...

ROB. (*Gritando más.*) ¡Silencio!
ó sino, haré un desatino.
Tú piensas tener razon
á fuerza de alzar el grito,
pero á pulmon no me ganas,
que es de cal y canto el mio.
Yo he podido con paciencia
sucumbir á tus caprichos
á consentir que las gentes
digan que no toco pito
en mi familia. A la paz
mi dinero sacrificio,
mi autoridad y mi gusto;
pero que un advenedizo,
falso amigo, infame huésped,
me quiera hacer el ludibrio
de la córte; que se atreva
á llamar charlatanismo
mi pericia en el curar;
que al grande, al casi divino
Le Roy trate de embustero
y de antropófago impío;
que me imprima á mi pesar
y me saque los trapitos
á la colada... ¡Hum! A tanta
iniquidad no resisto.

CAR. Pero, papá, ¡qué aprension
tan extraña!

ROB. No transijo.—
¡Y yo que le iba á curar
su ojo de pollo! ¿Se ha visto
ingratitude semejante?
De mirarle me horrorizo.

CAR. ¡Echar de casa á un sujeto...

ROB. Váyase por donde vino.—
Y á ver como callas tú.

CAR. ¡Qué sin razon!

ROB. Te prohibo
que le hables. Anda allá dentro.

CAR. Yo.

ROB. Vete.

CAR. Ya me retiro

ESCENA IV.

DON ROBUSTIANO, DON FABRICIO, DOÑA MAMERTA.

ROB. Bien puedes tú aconsejarla
que sepulte en el olvido
para *in æternum* á ese hombre;
de lo contrario te aviso
que irá á un convento.—Señor
Requena, lo dicho dicho.

ESCENA V.

DOÑA MAMERTA, DON FABRICIO.

FAB. ¡Pero ha visto usted qué orgullo,
señora, qué absolutismo!
¡Hé aquí lo que es el hombre
cuando le domina un vicio!
Antes de tratar á ustedes
escribí, es cierto, ese libro;
pero en él me proponía
ofrecerle un correctivo
de sus fatales errores
que le han de volver el juicio,
y en vez de darme las gracias
me ha enseñado los colmillos!

MAM. Fué muy buena tu intencion
mas tu locura acrimino.
¿Quién se mete á corregir
á una cabeza de risco?

FAB. ¡Qué bien dijo Quinto Horacio
Flacco: *qui servat invitum
idem facit occidenti!*
Pero usted ¿por qué ha cedido?
¿Por qué no se ha rebelado
contra su injusto dominio?

MAM. Me ha aterrado, lo confieso,
aquel teson imprevisto.
Donde un esclavo tenia
me encuentro con ¡un marido!
Por mal nada lograremos.
Disimular es preciso
hasta que pase el nublado.
Cuenta siempre con mi auxilio
y con el amor constante
de la niña.

FAB. Mi enemigo
no ha de triunfar, yo lo juro.
Hoy mismo le desafío.
(Bueno es echarla de guapo.)

MAM. ¿Qué dices? Yo no permito
que comprometas tu vida.
Más conviene el artificio
que el valor en este caso.
Mi promesa te confirmo:
no se casará la chica
con nadie sino contigo.—
Pero ¿qué hombre? Del cuerpo
el susto no me ha salido
todavía.—Adios. Yo voy
á ver si haciéndole mimos
consigo calmarle un poco.

FAB. Mejor será.

MAM. ¡Qué suplicio!
¡Humillarme yo á ese bruto!
De cólera estoy que trino.

ESCENA VI.

D. FABRICIO.

¡Reniego del anagrama!—
Esto va malo, Fabricio;
¡malísimo!—Y qué, ¿al primer
obstáculo me acoquino?
¡Eso no!—¿Qué traes Liborio?

nos ruega le detengamos
esa señora?

FAB. ¿Qué importa
que ella lo ruegue?

ROB. Venancio,
toma. Abre mi papelera
y trae corriendo aquel frasco...
Espera. Ya va volviendo.

CAR. ¡Hombre indigno!

ROB. Bueno. El llanto
desahoga el corazón.—
¿Qué ha sido? ¿Algun desacato
de don Fabricio?

PAU. ¿Fabricio
se llama aquí?

LUIS. Pues ¿acaso
no es ese su nombre?

PAU. No.

FAB. (Son tantos los que he mudado
que casi, casi, yo mismo
no sé ya cómo me llamo.)

PAU. Es un pícaro, sin fe,
capaz de todo lo malo.
Hé aquí dos tristes mujeres
víctimas de sus engaños.
Mas no tardará en sufrir
de tanto crimen el pago.

ROB. (¡Hola! Esto parece serio.) (A un criado.)
Escúchame tú.—Volando. (Vase el criado.)

FAB. (He caído en ratonera,
y ya no hay arbitrio humano
que me salve.)

CAR. (A Paula.) Usted ha sido
el ángel que me ha librado
del precipicio.

ROB. Pues ¿cómo...

CAR. El rubor sella mi labio.

ESCENA VIII.

CAROLINA, PAULA, DON FABRICIO, DON ROBUSTIANO, DON LUIS,
DOÑA MAMERTA, ISABEL, CRIADOS.

MAM. ¡Pícaros revendedores!
¿Se ha visto mayor petardo?
Mayor picardía? Ir una
muy confiada á su palco,
¡y por ser falso el billete
tener que desalojarlo!
¡Pillastrones... Mas ¿qué veo?
Mi hija anegada en llanto;...
aquí una mujer extraña;...
don Fabricio, ... Robustiano, ...
don Luis... ¿Qué tramoya es esta?

ESCENA IX.

CAROLINA, DOÑA MAMERTA, PAULA, DON FABRICIO, DON LUIS,
DON ROBUSTIANO, LIBORIO, CRIADOS.

LIB. (Mucho se detiene mi amo.)
¡Hola! ¿qué es esto?

CAR. ¡Ay mamá! (Se echa en sus bra-
zos y hablan las dos aparte.)

ROB. Afianzadme á ese otro majo.

LIB. ¿A mí? Pues ¿por qué...

ROB. En la cárcel
darás luego tu descargo.

LIB. ¿Vienen? (Vuelve el criado que salió.)

CAR. Ya están á la puerta
cuatro soldados y un cabo.

FAB. (¡Esto es hecho!)

LIB. ¿Y es razon
que purgue yo los pecados
del prójimo?

MAM. ¿Qué me dices!

No sé cómo no le arranco
los ojos. ¡Vil seductor!...
¡Con qué insolente descaro
aspiraba á ser mi yerno,
y con otra está casado!

ROB. }
LUIS. } ¡Casado!

ISA. }
FAB. Casado, sí.

¿Es acaso algun milagro?
Esa es mi mujer. ¡Bien haya
el bajel que me la trajo!
Sí, Paula mia; yo abjuro
mis extravíos pasados.
Vuelvo á la dulce coyunda.
Tu amor y tu fe reclamo.—
Y ustedes, pues hombre soy,
y por consiguiente flaco,
perdonen...

MAM. ¿Qué es perdonar?

Te he de ver en un cadalso.

LIB. (Estamos frescos.)

ISA. ¿Este es
el filántropo!

CAR. ¡Ay!...

ISA. ¡El sábio!

MAM. ¡Traidor!

LUIS. ¿Este es el rival
á quien fuí sacrificado!

ROB. El lustre de mi familia
no ha de sufrir menoscabo
impunemente.

ISA. Hay algunos
con un grillete en el Prado
menos culpables.

MAM. ¡Qué horror!

FAB. Pero ¿qué crimen nefando
es el mio para tanta
animosidad? Un rasgo
de inocente travesura;
pasar como otros el rato
con una niña bonita;
hacerla cuatro arrumacos...
sin mala intencion...

CAR. ¿Qué exceso
de impudencia!

MAM. (La detiene Paula.) Yo le araño.

CAR. Apartadle de mi vista
por piedad. (Hace don Robustiano una seña desde la
puerta y aparecen los soldados.)

PAU. (Ya me va dando
compasion.)

ROB. Cabo de escuadra,
escólteme usted á entrambos
hasta el Vivac.—Id vosotros
tambien con ellos, muchachos.
Decid que de su prision
responde don Robustiano
Sanchez, y que muy en breve
irá en persona á acusarlos.

LIB. Primero soy yo que nadie.—
Tambien yo al señor delato
para minorar mi pena,
y al juez diré dónde guardo

papeles que le convencen de estafador y de vago.
 LUIS. Eso allá, en el Principal.
 FAB. ¡Cómo! ¿Tú también, bellaco, me vendes? Pues ¿no quemaste mis papeles?
 LIB. ¿Soy yo ganso?
 No todos. Para un apuro los guardaba.
 FAB. Bribonazo, á quien te daba su pan y tan crecido salario ¿vendes así? Pues ¿no sabes que ser leal á sus amos es una virtud...
 LIB. Rutinas, preocupaciones de antaño.— Yo soy filósofo.
 ISA. Son lindo par amo y criado.
 ROB. Ea, llevadlos.
 PAU. Al fin soy tu esposa. Te acompaño en la desgracia; y si es fuerza, á los piés del Soberano iré á implorar tu perdon.
 FAB. ¡Mujer heroica! (*Afectando serenidad.*) Partamos.

ESCENA ULTIMA.

DON ROBUSTIANO, DON LUIS, ISABEL, DOÑA MAMERTA, CAROLINA.

ROB. Y ahora ¿qué me decís?
 MAM. Harto te digo callando.
 ¡Jesus, Jesus qué hombre! ¡Y yo le tenia por un santo!
 CAR. ¡Maldita credulidad que á tan funesto naufragio has expuesto mi virtud!
 MAM. Hacedme dos mil pedazos, y al fuego echad esos libros que han hecho tantos estragos en mi cabeza y la suya.
 ISA. Con mucho placer me encargo de esa comision.
 MAM. Don Luis, bien sé yo que disculparnos es difícil, mas... si usted...
 LUIS. Señora, aunque no me jacto de filósofo á la moda, sé perdonar mis agravios.

Una jóven inexperta no siempre esquivá los lazos de la artera seduccion. Por fortuna el desengaño no es tardío. A Carolina tal vez ese mentecato ha podido alucinar...
 MAM. ¡Pobrecilla!
 CAR. ¡Demasiado!
 LUIS. Mas su corazon sencillo se libertó del contagio.— Mio fué un dia, y tal vez...
 CAR. Tal vez jamás ha cesado de amarte; mas mi locura... los perniciosos halagos del amor propio... No sé, no sé qué fatal letargo mi razon ha adormecido por tanto tiempo.
 ROB. ¡Eh! Casaos y lo pasado olvidemos.
 LUIS. Mi gloria cifro en su mano.
 CAR. Tanta bondad me confunde; mas antes de desposarnos probarte quiero con obras, y no con discursos vanos que soy digna de tu amor.
 LUIS. Siempre lo has sido, y ufano de llamarme tu consorte...
 CAR. Lo serás dentro de un año.
 MAM. ¡Niña!...
 LUIS. ¡Qué dices!...
 CAR. Mis yerros quiero expiar retardando la dicha que el alma anhela.
 ISA. Tu delicadeza aplaudo.
 CAR. La mayor preocupacion, ahora lo veo y lo palpo, es no respetar ninguna.
 ROB. Al primer filosofastro que se acerque á mis umbrales le hago derrengar á palos.
 LUIS. La ilustracion verdadera merece premio y aplauso, mas la seduccion infame se disfraza con su manto. (*A Carolina.*) ¡Tú le has visto!— y por desgracia no falta quien llame sábios á ciertos entes, que son la polilla del Estado.

FIN.

ADVERTENCIA. Esta, y otras traducciones más ó menos libres, debidas á la pluma de D. Manuel Breton de los Herreros, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.